

MANUEL LOSADA VILLASANTE

BENDITA SEA LA LUZ



Universidad
de Huelva

BENDITA SEA LA LUZ

MANUEL LOSADA VILLASANTE

Discurso de investidura
como doctor *Honoris Causa*
5 de Junio de 2002



Universidad
de Huelva

©
UNIVERSIDAD DE HUELVA
©
MANUEL LOSADA VILLASANTE

DEP. LEGAL
H-167-2002

I.S.B.N.
84-95699-46-X

IMPRESIÓN
Papel verjurado de 100 gr.

CUBIERTA
Cartulina Classic Felt de 270 gr.

IMPRIME
IMPRENTA BELTRÁN

Excmo. Sr. Rector Magnífico,
Excmas. e Ilmas. Autoridades,
Profesores y Alumnos,
Señoras y Señores.

Es para mi un alto honor y un preciado privilegio recibir la investidura de Doctor *Honoris Causa* por la Universidad de Huelva. Gracias a la iniciativa del Departamento de Química y Ciencias de Materiales, que dirige el entusiasta y competente profesor Pedro J. Pérez Romero, y tras el acuerdo unánime de la Junta de Gobierno y del Claustro Universitario, que me han considerado merecedor de esta noble distinción, me veo desde hoy unido con profunda gratitud a esta joven y prometedora Universidad que tan dignamente y con ejemplar dedicación y eficiencia rige el Rector Magnífico don Antonio Ramírez de Verger Jaén, catedrático de Filología Latina de la Facultad de Humanidades del Campus del Carmen.

Ambos somos paisanos del ilustre científico-humanista carmonense Maese Rodrigo Fernández de Santaella (1444-1509), fundador de la Universidad hispalense hace ahora cinco siglos, y ambos estamos convenci-

dos de que la Universidad no es en absoluto lujo de pueblos ricos sino necesidad imperiosa para dejar de ser pobres, pobres de cuerpo y de espíritu. La Universidad, que no tiene sentido si no es universal, es uno de los grandes motores de la humanidad, sin el que no hay desarrollo intelectual, moral, social, político, económico ni empresarial posible. Pero para funcionar bien tiene que estar, aparte de convenientemente financiada, magníficamente estructurada, impulsada, dirigida y adaptada a las cambiantes, y a veces críticas, circunstancias singulares en que ha de desenvolverse; si no, será sólo despilfarro que ni las naciones más prósperas pueden permitirse, semillero de impotencia, frustración e indisciplina.

Si mi primer nombramiento de Doctor *Honoris Causa* se lo debo a la también muy joven y ya firmemente consolidada Universidad Pública de la Comunidad Foral de Navarra, antiguo reino del noreste de España que en la Edad Media permitió la comunicación con Europa a través del Camino de Santiago, hoy me debo considerar especialmente afortunado de que este segundo doctorado me sea otorgado por la Universidad de Huelva, cuna del antiquísimo reino de Tartessos y de los lugares de la Rábida en el suroeste de la nación española, que por primera vez nos unió en los albores de la Edad Moderna con el Nuevo Mundo a través del Océano Atlántico.

Considero una gracia especial, que también agradezco muy sinceramente, que el Departamento de Química y Ciencias de Materiales haya elegido para el “Elogio” y la “Petición” protocolaria que preceptúa la tradición universitaria al catedrático de Química

so epílogo de *Espanoles de tres mundos* (1914-1940) el ambiente artístico y científico de la España de su época: “Que en España la ciencia haya sido y sea escasa y discontinua, concesionario el arte, se debe a la erizada dificultad que cerca a quien quiere cultivarlos en lo profundo”. Ramón y Cajal (1852-1934), descubridor de la neurona, la enigmática célula de la inteligencia y de la conciencia, opinaba que “al carro de la cultura española le falta la rueda de la ciencia”, y Ortega y Gasset (1883-1955), lumbrera de la metafísica y preclaro conocedor de los temas de su tiempo, expresaba su convencimiento de que “la revolución de España consiste en hacer ciencia”. En los albores del nuevo siglo podemos constatar con júbilo que al carro de la cultura española se le ha puesto ya la rueda de la ciencia, con suficiente engrase y buen tiro, y que nuestra historia ha añadido a sus nefastas revueltas, revoluciones y guerras, la prometedora revolución pacífica de la ciencia y la tecnología hasta situarse en posición de vanguardia en el contexto mundial.

Juan Ramón Jiménez consideró a *Platero y yo* (1914-1917) la obra más característica de la prosa de su primera época, y a *Espanoles de tres mundos*, la más representativa de la segunda. Interesa ahora sacar a colación que en esta última, así como en *Estética y Ética estética* (1915-1954), Juan Ramón dedicó sendos artículos elogiosos a las dos máximas figuras de la intelectualidad científica española de su tiempo antes citadas. En el ensayo dedicado a SANTIAGO RAMÓN Y CAJAL, lo definió como “ausente, fino y realista; siempre enredado en el laberinto bello de los sutiles encajes de vida de su microscopio”, y en el destinado a JOSÉ ORTEGA Y GASSET escribió de él: “Globo mate,

explorador de lo científico y lo poético... Su lengua hablada es verdaderamente hermosa... Siempre se mueve en un nivel superior... Fue siempre hombre de corazón... Nunca lo he visto ni lo he oído sostener nada falso a conciencia, ni hacer daño por su gusto a nadie."

Curiosamente fue en el artículo titulado RECUERDO A JOSÉ ORTEGA Y GASSET, fechado en San Juan de Puerto Rico en 1953, donde confiesa Juan Ramón: “Mi idea instintiva de entonces y conciente de luego, era la exaltación de Andalucía a lo universal, en prosa, y en verso, a lo universal abstracto; y como creo que es verdad que el hábito hace al monje, yo me puse por nombre ‘el andaluz universal’ a ver si podía llenar de contenido mi continente”. Emulando a Juan Ramón, y salvadas naturalmente las distancias entre maestro y aprendiz, a mí me gustaría que me llamasen, más que “el andaluz radiante”, que resultaría pedante, “el andaluz apasionado por la luz”, porque he vivido humana y científicamente enamorado de la luz y entregado de lleno a su estudio. Nuestras vidas son, como la propia luz, ondas que avanzan confiadas hacia una meta desconocida y necesitan fortaleza y ánimo para ir traspasando los valles y coronando las crestas hasta cumplir su misión definitiva en este mundo. Aunque todavía no se sabe con la certeza que la ciencia exige, una notable proporción del género humano, cree confiada con Juan Ramón que tras la vida terrenal podrá “mirarle a Dios la cara” y contemplar eternamente el esplendor de su rostro.

Gracias al Sol vemos y gracias al Sol vivimos. ¡Bendita sea la luz! “Bendita sea la luz y El que nos la

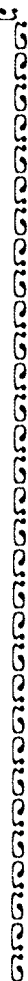
envía...” era la oración de acción de gracias que rezaban gozosos al amanecer los marineros que hacían la Carrera de Indias después de pasar la noche en tinieblas sobre las tenebrosas aguas de la Mar Océana envueltos en una penumbra telúrica sólo disipada a veces por la mortecina luz de la luna cercana y las chispeantes estrellas distantes. Ésta era también la alegre plegaria que, según mi mujer, les rezaba a sus nietos su abuela, oriunda de Mallorca, al abrir el día. Desde los tiempos más remotos, el hombre ha adorado al Sol y, en nuestros pueblos y en nuestros campos, el hombre andaluz ha orado a su manera agradecido y esperanzado al romper el alba, con el corazón henchido de contento por el toque transparente de las campanas y el canto vibrante de los gallos. ¡Qué espectáculo más emocionante y alentador en el acontecer de los días ver alzarse majestuoso por el oriente, tras el crepúsculo matutino, el anhelado Sol como una gigantesca flor de oro que ilumina y vivifica toda la Tierra! ¡Y qué serena placidez despedirlo, ya atenuado su fuego en el ocaso, con la confianza de que siempre retornará vivificador e inmutable al día siguiente, tras la noche silenciosa y oscura! ¡Qué animoso renacer despertar con la luz a la vida cada mañana! El enorme obelisco de la plaza de San Pedro que llevó en el siglo I el emperador Calígula (12-41) desde Heliópolis a Roma es todo un símbolo del culto del hombre al Sol.

Consciente de lo que es la vida y de lo que significan la rutilante salida y puesta diaria del Sol a lo largo de las palpitantes estaciones cíclicas del año, me digo a menudo con asombro y gratitud: ¡Qué milagro más grandioso y perfecto es la vida: Bendita sea la vida y la luz que la vivifica! Nunca podré olvidar que -como



nuestro querido y admirado amigo, el señor Rector de esta ilusionada y pujante Universidad- tuve la fortuna de nacer y vivir mi infancia y adolescencia en un risueño y hermoso pueblo blanco bañado de sol, con tejados cubiertos de líquenes dorados, indicadores de la luminosidad de su cielo y de la limpieza y pureza de su aire, y con una Giraldilla tan airosa y esbelta como la de Moguer, que, como dice Juan Ramón, “parece, de cerca, como una Giralda vista de lejos”. Desde los tiempos del rey Fernando el Santo (1199-1252), a mediados del siglo XIII, Carmona -a la que ya Julio César (101-44 a.C.) había confirmado en el siglo I antes de Cristo como “longe firmissima totius provinciae civitas”- ostenta en su escudo la bella leyenda “Sicut lucifer lucet in aurora, ita in Vandalia Carmona”. Tampoco podré olvidar nunca que desde mi juventud y gracias a la orientación y enseñanza de mis maestros he dedicado en cuerpo y alma toda mi vida a estudiar la naturaleza y la vida a la luz del sol radiante. Los irisados rayos de sol, tan inasibles, frágiles, fugaces y bellos como la vida misma, son, de hecho, los que la impulsan y mantienen desde sus primitivos orígenes.

No deja de ser interesante y llamativo que el fósforo el elemento portador de luz que encarna la fuerza vital fuera bautizado a mediados del siglo XVI, en los albores de la Química, por su descubridor Brand (¿-1692) con el mismo nombre que diera Pitágoras (¿582-497?) en el siglo VI a.C. al lucero del amanecer, que reconoció como el mismo del atardecer -la Afrodita de los griegos y la Venus de los romanos-. Igualmente lo es que su congénere, el nitrógeno, también esencial para la vida, fuera llamado así por ser el elemento generador del nitro, la sal fulminante de la pólvora,



que fue utilizada por primera vez en Europa por los árabes en el sitio de la bermeja ciudad amurallada de Niebla, capital de su condado, por el rey Alfonso el Sabio (1221-1284).

Los carmonenses estamos muy orgullosos de nuestros antecedentes tartesos, fenicios, griegos, cartagineses, romanos, visigodos y árabes, que compartimos con los demás pueblos de Andalucía, sabedores de que a todos ellos debemos gran parte de nuestra herencia cultural e histórica. Asimismo, todos los andaluces debemos valorar cada vez más a nuestros grandes hombres, empezando por los legendarios reyes de la civilizada y paradisiaca Tartessos -Gerión, Habis y Argantonio-, y a las riquezas naturales con que la providencia nos ha beneficiado y que constituyen nuestro más preciado patrimonio: el sol, el agua, el aire y la tierra, sin duda las grandes y perdurables riquezas de la humanidad. La provincia de Huelva en particular, situada en el extremo occidental de Andalucía y enclavada entre el Guadalquivir y el Guadiana, los dos grandes ríos de la Baja Andalucía, es una provincia especialmente privilegiada por su clima suave, su atractiva topografía, la flora y fauna de sus fascinantes rías y marismas, sus playas de relucientes y finas arenas doradas y cielo azul, su sierra de frondosa vegetación y selecta ganadería, su fértil campiña y su proverbial riqueza pesquera y minera. En nuestra época ha experimentado un desarrollo espectacular impresionante, lo que ha conllevado cambios significativos e incitantes que le han afectado profundamente y habrán de ser muy bien analizados y tenidos en cuenta por las autoridades responsables con miras al porvenir. Es indudable que hay que conocer a fondo el



pasado para proyectar desde la realidad presente un futuro prometedor.

Al hablar de Huelva y los metales, hay que recordar que desde los tiempos bíblicos de Tharsis, hábiles orfebres, dominadores de una gran técnica, nos legaron fabulosos tesoros de insuperable belleza, como el del Carambolo, y que el metalurgista español del siglo XVII Alonso Barba (1569-1661), natural de Lepe y párroco de varios pueblos del Perú, realizó estudios e investigaciones de vanguardia sobre el beneficio de los minerales y, en especial, de la amalgamación. En su *Arte de los metales*, que fue objeto de múltiples traducciones, describió la riqueza argentífera del subsuelo americano y descubrió la descomposición de los metales de plata por el mercurio, sin cuya técnica no hubiera sido posible la explotación de las minas de los riquísimos yacimientos de Potosí. Asimismo hay que realzar que en el Sistema Periódico de los elementos figuran tres metales -platino, wolframio y vanadio- descubiertos en el Siglo de las Luces por egregios españoles muy ligados en sus vidas a Hispanoamérica.

La detenida visita que he realizado al Departamento de Química y Ciencias de Materiales del Campus de La Rábida, donde se ubica la Escuela Politécnica Superior, me ha demostrado que, a pesar de la crisis de las explotaciones mineras, los metales no han muerto ni mucho menos en Huelva, sino que están siendo revividos e investigados en varios de sus aspectos más actuales y trascendentes por grupos de jóvenes científicos de gran calidad y dedicación. Estos equipos de jóvenes entusiastas no trabajan solos, sino en estrecha colaboración con colegas de otros centros españoles y

extranjeros; entre ellos con los que dirigen en Sevilla los que fueron sus maestros y valedores, los profesores Ernesto Carmona y José María Vega, representantes destacados de la mejor ciencia y docencia que se desarrolla en Andalucía. Quizás sea oportuno recordar en este lugar que el descubrimiento del doctor Arnon, mi profesor en California, de la esencialidad del molibdeno para el crecimiento de las plantas se tradujo a nivel aplicado en que la adición de pequeñas cantidades de este metal a suelos agrícolas deficientes en este oligoelemento produce enormes incrementos de las cosechas en muchas regiones del mundo.

La realización de tesis doctorales -cuyos resultados deben publicarse después en las mejores revistas especializadas y darse a conocer en Congresos- es el mejor aval e indicador de la labor investigadora de una Universidad y permite la selección de los mejores alumnos y su envío a centros investigadores del extranjero para completar allí su formación postdoctoral y ser después rescatados por sus antiguas sedes para proseguir y desarrollar sus tareas. Esto no significa que la Universidad debilite su labor docente para exaltar su tarea investigadora, sino que ambas se potencien entre sí. Con el traslado a la flamante Facultad de Ciencias Experimentales del Campus del Carmen, los diversos Departamentos que integran esta Facultad, entre ellos el más tradicional y señero de Geología, verán aumentar enormemente sus posibilidades y darán fruto de inmediato.

Los científicos experimentales no deben nunca ignorar que para que una Universidad funcione adecuadamente y merezca el nombre de tal debe valorar y



prestar la misma atención a las Ciencias y a la Tecnología que a las Humanidades, a las ramas básicas que a las aplicadas, con mayor énfasis en la excelencia y utilidad para resolver los problemas del entorno que en la ambición de querer abarcarlo todo para perecer víctima de la inflación. Buen ejemplo de este equilibrio nos lo da la figura del humanista extremeño Arias Montano (1527-1592), onubense de adopción, que vivió retirado en la Peña de Alájar y al que Felipe II (1527-1598) encargó la edición de la *Biblia políglota* de Amberes. Este célebre erudito, cuyo nombre solo “vale para rellenar un siglo”, según Menéndez y Pelayo (1856-1912), escribió una *Historia naturae*, que apareció publicada, tras su muerte, en 1601.

Huelva, que comparte con Cádiz antigüedad histórica, emplazamiento de los lugares colombinos y capitalidad de la Costa de la Luz, no sólo me honra con el preciado privilegio de ser hoy el más joven doctor de su muy joven Universidad sino que me ofrece en bandeja la oportunidad de relacionar, con visión histórica y desde varios puntos de vista, mis temas favoritos: la luz y la vida; la ciencia, el arte y las letras. La ciencia ha logrado ofrecernos una visión realista y fascinante del pasado del Universo, de la vida y del hombre. Ya sabemos que sin luz no hubiera habido Universo, ni vida, ni hombre y, en consecuencia, ni ciencias, ni artes, ni letras, pero también sabemos que sin Colón y hombres como los de La Rábida, Palos y Moguer, la humanidad no tendría en su haber uno de los más gloriosos y esperanzadores capítulos de su historia: el Descubrimiento del Nuevo Mundo. Todos los días, al pasar a lo largo de la moderna avenida de Américo Vespucio, camino del modélico Centro de In-

vestigaciones Científicas Isla de la Cartuja, por delante del monasterio donde se alojaba Colón durante sus frecuentes visitas a Sevilla, revolotean ilusionadas por mi mente mariposas con los colores de las aguas del río Tinto que me transportan hasta Huelva y América. Para mí, hablar en Huelva de la luz y de la vida es también recordar que inicié mi despegue como investigador en la soleada y fértil California, uno de los estados de más resonancia hispana de Norteamérica, descubierta y colonizada ejemplarmente por españoles. Inolvidables serán siempre en mi vida los años de las décadas de los cincuenta y sesenta en que contribuí en la Universidad de Berkeley al descubrimiento de reacciones foto-físico-químicas básicas del proceso biológico de la fotosíntesis, promovido por la luz del sol y del que depende la vida en la Tierra.

En el Universo, todo empezó de manera aparentemente muy sencilla con una gran explosión de luz hace 15.000 millones de años. Así lo relata también el Génesis: "Y dijo Elohim: ¡Haya luz!, y hubo luz". Francis Bacon (1561-1626), uno de los fundadores del método científico, de lo que se ha denominado la primera Revolución Científica, enfatizó: "Lo primero que Dios creó fue la luz", y el insigne novelista de nuestra época Thomas Mann (1875-1955) apostilló: "Todo lo que existe comenzó por no existir". Todo parece haber sido así: tan aparentemente sencillo y divino en su origen y tan perfecto y complicado en su posterior evolución física, química, bioquímica, biológica y humana. ¿Nace programado y dirigido el Universo? En frase del gran filósofo y matemático Leibniz (1646-1716): "Lo que pone el colmo a la belleza y a la perfección de las obras divinas es que el Universo marcha sin cesar hacia un orden de cosas más completo."



También podría decirse que fueron aparentemente sencillos el descubrimiento del Nuevo Mundo y su posterior colonización, lo que no es óbice para reconocer que la vida es lucha, esfuerzo y sacrificio en cualquiera de sus manifestaciones y que -como en la propia evolución del Universo, de la vida y del hombre- las luces han ido siempre acompañadas de acciones que las han ensombrecido. El historiador y humanista Francisco López de Gómara (1511-1566) en el Prefacio de su *Historia general de las Indias* dirigido al emperador don Carlos (1500-1558) consideró, junto a la creación, el descubrimiento del Nuevo Mundo como uno de los acontecimientos más trascendentes del devenir humano: “Muy Soberano Señor: La mayor cosa después de la creación del Mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias; y así, las llaman Mundo Nuevo.”

Los hechos históricos sobre el descubrimiento y colonización de las Indias han sido estudiados con gran interés por los especialistas y han puesto de manifiesto el papel trascendental que desempeñaron en los acontecimientos el Monasterio de la Rábida, Palos de la Frontera y Moguer, conocidos como los Lugares Colombinos de Huelva. La Rábida -todo sencillez franciscana, humildad y belleza- fue el alma que alentó y dio vida a la empresa de descubrir nuevas tierras lejanas. Según refiere el dominico sevillano y obispo de Chiapas Fray Bartolomé de Las Casas (1474-1566), conocido como el Apóstol de las Indias, en su *Historia de las Indias*, Colón “tenía conocimiento con los marinos de allí (de Palos) o también por ventura con algunos religiosos de San Francisco del Monasterio que se llama de Santa María de la Rábida... a donde dejó en-

comendado a su hijo Diego". A lo que añaden los documentos de los Archivos: "El qual demandó a la porterya que le diesen para aquel niñico, que era niño, pan y agua para que beviere". López de Gómara comenta en su Historia que Cristóbal Colón "embarcó en Lisboa y vino a Palos, ...donde habló con Martín Alonso, piloto muy diestro, y que había oído decir cómo navegando tras el sol por vía templada se hallarían grandes y ricas tierras". Colón llegó efectivamente por primera vez al Puerto de Palos, procedente de Portugal, en 1485, fecha en que comenzaron las buenas relaciones con los monjes de La Rábida y con los marineros del Tinto-Odiel, que tan buenos oficios prestarían al navegante en su aventura transatlántica.

Fray Antonio Marchena, que estaba ocasionalmente en la Rábida como comisario visitador de la Custodia Hispalense, recibió al futuro descubridor y cooperó eficazmente en sus proyectos junto con otros frailes del eremitorio. Tras su cordial acogida, Fray Antonio ayudó a Colón con sus conocimientos científicos en astronomía, cosmografía y filosofía y con sus recomendaciones a las altas esferas, empeñando todas sus ascendencias e influencias a favor del navegante. Y el propio Colón ratificaría ante los Reyes Católicos que, durante los siete años que estuvo en su Corte importunándoles, "nunca en todo este tiempo se halló piloto, ni marinero, ni philósopho ni de otra sciencia que todos no dixessen que mi empresa era falsa, que nunca yo hallé ayuda a nadie, salvo de fray Antonio de Marchena, después de aquella de Dios eterno."

Fray Juan Pérez, guardián del convento de Santa María de la Rábida y párroco de la villa de Palos, tam-



bién intervino eficazmente prestando a Colón decidida y decisiva cooperación. En efecto, en 1491, cuando toda negociación parecía frustrada, fray Juan Pérez prometió al descubridor escribir a la Reina Isabel, de quien en otro tiempo había sido contador y confesor. Después de recibir contestación de la Reina y ayuda económica para el viaje, marchó Colón ilusionado a su encuentro en Santa Fe, pero sus exorbitantes exigencias provocaron la ruptura de las negociaciones. Ante este nuevo fracaso, Fray Juan Pérez, el sabio y humilde guardián de la Rábida, que todavía estaba en Granada, conversó de nuevo con los reyes, envió un emisario en busca de Colón, que ya había salido en mula hacia Córdoba, y consiguió tras nuevas conversaciones que se firmara el histórico acuerdo conocido como las *Capitulaciones entre los Reyes Católicos y Colón* en Santa Fe el 17 de abril de 1492. A partir de ahí toda una cadena de eslabones perfectamente encadenados: Junto a Colón, Fray Juan Pérez y los hermanos Pinzón; junto a la Rábida, Palos, Moguer y sus habitantes; juntas también la nao Santa María y las carabelas La Pinta y La Niña.

Fray Juan Pérez había calmado y entusiasmado al pueblo y, sobre todo, había atraído a la causa del futuro Almirante al marino más influyente y experto, Martín Alonso Pinzón (1440-1493), juntamente con sus hermanos Vicente Yáñez Pinzón (-1519?) y Francisco Arias Pinzón, naturales de Palos, así como a otros muchos navegantes de gran pericia y valor de la comarca del Tinto-Odiel y de otros lugares. Preparado todo para la soñada aventura, Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557), escritor, historiador y naturalista, fue el primero que abordó con conocimiento y ampli-

tud los hechos del descubrimiento y la colonización del Nuevo Mundo, relatando en los prolegómenos de su *Historia general y natural de las Indias*: “Antes que Colón entrase en el mar, algunos días tuvo muy largas conferencias con un religioso llamado Fray Juan, de la Orden de San Francisco, su confesor... Y este fraile fue la persona sola de aquesta vida a quien Colón más comunicó de sus secretos: e aun del cual y de su sciencia se dice, hasta hoy, que él rescibió mucha ayuda e buena obra, porque este religioso era grande cosmógrafo. Con el cual estuvo en el monasterio, que es dicho de La Rábida, algún tiempo; y él lo fizo ir al Real de Granada, cuando se concluyó su despacho, y entendió en ello. Y después se fue Colón al mismo monasterio y estuvo con el fraile comunicando su viaje y ordenando su alma.”

La pequeña armada de tres navíos -La Santa María, alquilada en el Puerto de Santa María al cántabro Juan de la Cosa y mandada por éste, La Pinta, capitaneada por Martín Alonso Pinzón, en la que iba de maestre su hermano Francisco, y La Niña (la favorita de Colón), conducida por su hermano menor Vicente- salió del Puerto de Palos en la madrugada del 3 de agosto de 1492. Siete meses después, el 15 de marzo de 1493, el esquilón de Santa María de la Rábida tocó a rebato: Llegaban en viaje de retorno el almirante en La Niña y, pocas horas después, Martín Alonso Pinzón en La Pinta, con la buena noticia de que el 12 de octubre de 1492 habían descubierto la isla que Colón llamó San Salvador. Ante la imagen de Santa María de los Milagros del monasterio cantaron el himno de acción de gracias. El 28 de marzo, el Almirante emprendió su marcha camino de Barcelona, vía Sevilla, para dar cuenta a los Reyes Católicos del Descubrimiento.

Ningún lugar del planeta puede igualar la significación de la Rábida como pórtico de un Nuevo Mundo, al que cambió su faz y puso alas para nuevos vuelos de incalculable alcance. En la Punta del Sebo, junto a las aguas del Odiel en su confluencia con el Tinto, se erigió en 1929 el monumento a la Fe Descubridora, con una estatua de Colón de grandes proporciones, obra de la escultora norteamericana Gertrude Vanderbilt Whitney (1875-1942). Dentro del recinto de la Rábida se inauguró en 1993 el Parque Botánico Celestino Mutis (1732-1808), en honor de este famoso naturalista hispanoamericano del Siglo de las Luces, que nació en Cádiz, estudió en Sevilla y Madrid, y murió en Bogotá y es autor de una riquísima colección de casi seis mil hermosas láminas en color de la flora colombiana como jamás hayan dibujado los hombres.

¿Cómo pudo hacerse tanto con tan poco? ¿Qué razones explican que con medios humanos y materiales tan pobres e insignificantes se emprendiera una aventura y se coronara una proeza que los más poderosos magnates y los más capacitados sabios estimaban descabellada e irrealizable? La respuesta es sencillamente fe y realismo. Fe en las cosas que se consideran trascendentales y susceptibles de ser llevadas a cabo, y entusiasmo y realismo para realizarlas. Colón fue un hombre de fe, que creyó firmemente en lo que todavía no se sabía ciertamente, un hombre de fe racional en sus incipientes conocimientos científicos y de confianza ilimitada en la divina providencia y en su capacidad humana para vencer uno tras otro los arduos obstáculos que se interponían en su camino. Su visión idealista, no exenta de realismo, y su decidida actitud acabaron al fin convenciendo a sus detractores y deben hoy

seguir siendo paradigmáticas para los jóvenes investigadores que sueñan con descubrimientos aparentemente ilusorios pero idóneos de ser llevados a la práctica. Otra lección importante de las hazañas del Descubrimiento y de la colonización de América es que para tener éxito hay que trabajar organizados en equipo, sin egoísmos y con la ayuda de otros, porque las cosas no se consiguen a solas. ¡Cuántas veces la insolidaridad ha sido motivo de fracaso! Creo que los grupos que bien conozco, tanto de Humanidades como de Ciencia y Técnica, de la joven Universidad de Huelva, hoy en prometedor estado embrionario pero pronto en fecundo estado de madurez, han aprendido y asimilado bien estas lecciones. Estos grupos noveles nos están demostrando que se pueden hacer muchas cosas con poco, en contraposición a los que hacen poco con mucho. Frente al demoledor “aquí no hay nada que hacer”, el constructivo “aquí está todo por hacer” ¡Qué alegría, al mirar hacia atrás, ver que se consiguió tanto con tan poco gracias a continuados esfuerzos y sacrificios!

En la época de mi estancia en América circulaba por los laboratorios científicos el proyecto que había presentado a los Institutos Nacionales de Ciencias de Estados Unidos en enero de 1486 el navegante genovés en paro Cristóbal Colón, con domicilio en Sevilla, España, sobre UN VIAJE DE DESCUBRIMIENTO, a realizar en dos años, y que le fue denegado por las autoridades competentes en el campo de la Cosmografía. Obviamente se trataba de una broma exagerada de su(s) redactor(es), hasta extremos alucinantes, risibles y anacrónicos, pero el escrito contiene una moraleja rica en enseñanzas que pueden servir en adelante de

experiencia en casos similares -y de esto sabemos mucho los científicos experimentados- tanto a los futuros solicitantes de proyectos como a los jueces implicados en los dictámenes. Para deleite y provecho de los interesados en estas cuestiones, cada día de más necesidad y trascendencia para el desarrollo científico y técnico de los pueblos, reproduzco a continuación al pie de la letra el imaginario e ingenioso Informe Sumario del VIAJE DE DESCUBRIMIENTO, rigurosamente confidencial, que debía ser guardado con el mayor sigilo.

RESUMEN: Se trata de un proyecto revisado solicitando fondos con objeto de equipar una pequeña flota de carabelas para realizar un viaje hacia el Oeste desde España a la India. El equipo de investigación no cuenta con la capacidad técnica necesaria; el explorador principal no tiene competencia ni formación para llevar a cabo un proyecto de esta envergadura. Obviamente no se ha llevado a cabo ninguna exploración piloto que garantice si el proyecto es factible. Además, la propuesta se basa en la tesis -todavía no demostrada- de que la Tierra es redonda. Por estas razones y debido a la falta de interés científico, los miembros de la Sección encargada de este estudio recomiendan, unánimemente, que se rechace esta solicitud.

DESCRIPCIÓN: El propósito de la investigación es encontrar una vía marítima hacia la India por el Oeste, evitando así la arriesgada ruta continental que sigue actualmente. El investigador principal, que equiparía y tripularía tres carabelas para la realización del viaje, cree que el periplo completo y el análisis de los datos podrían llevarse a cabo en un tiempo máximo de dos años.

Durante la travesía se efectuarán observaciones oceanográficas, sondeos de profundidad, etc. A su llegada a la India, se obtendrán muestras relevantes de la flora y fauna. No se suministran detalles suficientes sobre este último

objetivo, y el investigador principal improvisará; según cita de su propio protocolo: «¿Que será, será?». (Debe mencionarse que el investigador principal nació en Italia.)

CRÍTICA: Este proyecto fue previamente presentado a la Academia Nacional de Ciencias de Portugal, siendo desestimado. El investigador principal buscó también sin éxito fondos en Inglaterra. Además, caso de que el proyecto triunfara, sería de inmediata aplicación práctica y quedaría, por tanto, fuera del área de investigación básica de los Institutos Nacionales de Ciencia.

El objetivo de esta propuesta es, ciertamente, encomiable. Pero la evaluación de todas las pruebas asequibles por los mejores cerebros de la comunidad científica indican con razonable certeza que la Tierra es plana y que el mar occidental es ilimitado, lo que hace que el proyecto sea erróneo desde el punto de vista teórico. La propuesta está redactada difusa y superficialmente. Claramente el plan es no sólo ilógico sino inviable. En el proyecto no se consideran en absoluto emergencias corrientes, como fuegos, abismos sin fondo, ataque de dragones, etc.

INVESTIGADORES: El abordaje -bastante ingenuo- que hace el investigador principal del problema refleja su falta de entrenamiento académico y científico, y, aunque es conocido como buen marino, no posee la formación científica necesaria para arriesgarse a una aventura investigadora de este tipo. La provisión de personal del proyecto es pobre. La tripulación que se propone no incluye un técnico competente para tratar problemas -como el de la desviación de la brújula del auténtico Norte- que son de esperar en un viaje de este tipo. No hay ningún Asistente Social de psiquiatría para hacerse cargo de los problemas de conducta previsibles entre la tripulación en un viaje de esta duración, ni tampoco se prevé ningún experto para consultas de nutrición capaz de enfrentarse con los inevitables problemas dietéticos. Algunos miembros de la Comisión de orientación psiquiátrica hicie-

ron comentarios desfavorables sobre la estabilidad emocional del investigador principal, citando la perseverancia de su ideario y su deficiente criterio de la realidad, así como los aspectos megalománicos de la propuesta.

RECURSOS Y AMBIENTE: Los planos presentados para la construcción de las carabelas son completamente inapropiados. La moral de la tripulación será, sin duda, un problema, y hay que poner en duda si se puede realizar una buena exploración en una atmósfera llena de dudas y temores, y mezclada con enfermedades y privaciones sexuales. El espacio para la marinería es adecuado, pero las condiciones y el cuidado que se proponen para los animales domésticos son no sólo inadecuados sino inhumanos.

PRESUPUESTO: Los fondos que se solicitan (15.953 \$ para el primer año y 5.347 \$ para el segundo) son apropiados y, en su mayor parte, justificados si el proyecto fuera digno de ser llevado a cabo. Caso de sufragarse el viaje, los miembros de la Comisión consideran que, en el capítulo de suministros, los fondos destinados para ron deberían reducirse de 500 a 50 \$ y suprimirse totalmente en el segundo año. En el capítulo de equipamiento, los miembros no creen que sea relevante el Talismán auto-direccional Tiki (6,73 \$), por lo que este instrumento fue eliminado.

NOTAS DEL SECRETARIO EJECUTIVO: Los miembros de la Sección de Estudio desean llamar la atención del Consejo sobre el hecho de que las joyas de la Reina tengan que ser empeñadas si se subvenciona este costoso proyecto. En caso de que el proyecto se considerara aceptable, sería más apropiado bajo uno de los capítulos de Ayudas de la Oficina de los Servicios Estatales de Navegación. Por lo demás, el procedimiento, que implica seres humanos, es arriesgado y éticamente sospechoso.

DECISIÓN DEL CONSEJO: A petición de Luis de Santángel, miembro del Consejo de la Reina, la Sección de Estudio, compuesta por eminentes científicos de la Universidad de Salamanca,

ba sido desoída y el proyecto recomendado para su financiación con fondos del año fiscal 1493.

No hay duda de que para llevar a cabo grandes proezas o para realizar descubrimientos trascendentales hay que tener no sólo preparación y medios adecuados, sino fe profunda. El famoso físico teórico Max Planck (1858-1947), descubridor de la constante que lleva su nombre -una de las constantes universales que en número muy reducido gobiernan el Universo-, reflexionó sobre la necesidad de fe para el científico: "Al científico creyente, Dios no le estorba en su trabajo, sino que le ilumina en la oscuridad. Necesitamos tener fe. Es algo de lo que los científicos no podemos prescindir". Para este físico ejemplar, que gozó del respeto y de la admiración de todos cuantos le trataron, "la búsqueda de las leyes físicas del Universo constituye el más sublime propósito de la vida". Antes que Planck, el infatigable experimentador Faraday (1791-1867), descubridor de las leyes del electromagnetismo y olfateador de la naturaleza electromagnética de la luz, había presentado que Dios gobierna el Universo con sus leyes: "These physical laws are the glimmerings we have of the second causes by which the Great Cause works His wonders and governs the earth". Desde otra posición, Teresa de Calcuta (1910-1997), la madre de los pobres, expresó la misma idea: "Sólo soy un pequeño alambre; la potencia la pone Dios."

Después de los repetidos viajes de Colón y Vicente Yáñez Pinzón, las exploraciones y colonizaciones de las nuevas tierras por los españoles no se limitaron a Centroamérica y Sudamérica, sino que penetraron también amplia y profundamente en Norteamérica. Cen-

tremos ahora nuestra atención en las relacionadas con la dorada California y su bahía de San Francisco, en cuya área metropolitana se encuentra la Universidad de Berkeley. Allí llegué a comienzos de 1958, el año de la muerte de Juan Ramón en Puerto Rico, y pasé el periodo más venturoso y fecundo de mi carrera investigadora y científica. Fue en la Universidad de Berkeley -en estrecho contacto con un numeroso y selecto grupo de hispanos y españoles, algunos de ellos exiliados de nuestra trágica guerra civil, y con los profesores y alumnos del Departamento de Español-, así como durante mis repetidos viajes a varios países hispanoamericanos, cuando pude apreciar y valorar de cerca los estrechos lazos lingüísticos, culturales y monumentales que nos unen a los de uno y otro lado del Atlántico, enriqueciéndonos mutuamente.

Respecto a la lengua española en América, escribió en *Ocnos* Luis Cernuda (1902-1963), el triste poeta sevillano exiliado cuyo centenario celebramos con nostalgia y júbilo este año: “¿Cómo no sentir orgullo al escuchar hablada nuestra lengua, eco fiel de ella y al mismo tiempo expresión autónoma, por otros pueblos al otro lado del mundo?... Y qué gratitud no puede sentir el artesano oscuro, vivo en ti, de esta lengua, hoy tuya, a quienes cuatro siglos atrás, con la pluma y la espada, ganaron para ella destino universal.”

Durante mi estancia en California tuve conocimiento y leí con gusto y provecho la novela *La reina Calafia*, del ilustre viajero y prolífico escritor valenciano Vicente Blasco Ibáñez (1867-1928). A través de su lectura tuve noticia de los imaginarios orígenes, primeras exploraciones y ejemplar colonización de la Baja y Alta

California, países de ensueño y crisol en que se han fundido y hermanado las razas mejicana y estadounidense, o más propiamente, india, europea, africana y asiática.

De lo que escribió Blasco Ibáñez en *La reina Calafia* resumo a continuación lo que estimo más conveniente y viene más a cuento en mi discurso:

En los años en que Cristóbal Colón vagabundeaba por España, solicitando apoyo para emprender sus viajes en busca de las Indias por el lado de occidente, vivía en Medina del Campo un soldado viejo al que sus convecinos habían elegido regidor. Este hombre, llamado Garci Ordóñez de Montalvo (de hecho, su verdadero nombre no era éste, sino Garci Rodríguez de Montalvo), que entretenía sus ocios de veterano escribiendo novelas, dio forma definitiva al Amadís de Gaula y produjo de su pluma Las sergas de Esplandián, el caballero de la Gran Serpiente, hijo de Amadís. En esta novela de caballería describía Montalvo muy minuciosamente cómo "a la diestra mano de las Indias, muy llegada a la parte del Paraíso Terrenal", había una isla, o ínsula, llamada "California", gobernada por la reina Calafia y poblada únicamente por mujeres algo atezadas y que no toleraban la existencia entre ellas de ningún varón, siendo su estilo de vivir muy semejante al de las antiguas amazonas.

Cuando Hernán Cortés conquistó la meseta central de Méjico y pudo llegar a las riberas del Pacífico se sintió atraído por el secreto de este misterioso Océano, descubierto por Núñez de Balboa en la costa de Panamá y llamado entonces mar del Sur. Con los materiales de construcción naval que hizo venir de España y la madera de Méjico construyó Cortés las primeras naves importantes que se fabricaron en América y las dedicó a la exploración de las costas desconocidas. Los navegantes enviados por Cortés hacia el Norte del Pacífico creyeron descubrir una gran isla, que bautizaron con el



nombre de Santa Cruz, pero nuevos viajes revelaron que se trataba de una península. El propio gran conquistador extremeño -antiguo estudiante de la Universidad de Salamanca y gran aficionado a leer novelas- se embarcó en la costa occidental de Méjico y exploró por sí mismo la misteriosa isla de Santa Cruz. Impresionado por su riqueza y la estatura y belleza de las indias le dio a la península el nombre del fabuloso país gobernado por la reina Calafia, enamorada de Esplandián. Así fue cómo antes de ser descubierta América, un novelista de la meseta central de España inventó el nombre de California, y cómo la isla de Santa Cruz, que dejó de ser isla para convertirse en península, pasó a llamarse California.

Los españoles tardaron dos siglos en colonizar la Alta California después de haberla descubierto geográficamente. El primer hombre que pisó su suelo fue el valeroso piloto Cabrillo, que, siguiendo la costa del Pacífico hasta el Norte, descubrió su litoral, pero murió en plena exploración. Fue una ironía del destino que, a pesar de que todas las exploraciones del litoral de California fuesen para encontrar un puerto seguro y de que en sus costas estuviese escondida la bahía de San Francisco, una de las más grandes y bellas del mundo, ningún navegante diera con ella hasta 1769, siendo tantos y tan expertos -Cabrillo, Vizcaíno (fundador de Monterrey), Drake- los que pasaron y volvieron a pasar ante su boca. Cuando, al fin, fue descubierta, lo fue por tierra, por el capitán de Dragones de Caballería don Gaspar de Portolá, gobernador militar de la Baja California, que antes había luchado valientemente en las guerras de Italia y que moriría finalmente, de regreso a España, en Aranjuez.

Como jefe religioso de la expedición de Portolá iba el colonizador y evangelizador franciscano fray Junípero Serra, mallorquín, profesor universitario, eminente predicador y esforzado paladín de la defensa de los indios americanos. Habiendo sido autorizado el eminente fraile, padre de las rústicas y bellísimas misiones de California, para dar el nom-

bre del patrón de su orden al lugar que considerara más importante entre todos los descubiertos por la expedición, eligió el de San Francisco para el de la hermosa bahía. La ciudad de San Francisco se construyó alrededor de la misión española, que fue fundada en 1776, y fray Junípero es hoy conocido y venerado como “el Apóstol de California.”

Cuanto más visito y mejor conozco los países hispanoamericanos y el sur de Estados Unidos, más valoro y admiro la labor colonizadora de los españoles y, sobre todo, de las órdenes religiosas: franciscanos, dominicos, jesuitas, agustinos... y también de los científicos, especialmente metalúrgicos, naturalistas y botánicos. Es difícil exagerar la importancia de la iniciativa de España en las expediciones científicas, más de medio centenar, a los territorios de América y Filipinas. Según el geofísico y biogeógrafo Alexander von Humboldt (1769-1859), incansable explorador de la América hispana, de quién se decía que era el hombre más famoso de Europa después de Napoleón (1769-1821), “ningún gobierno europeo ha invertido sumas mayores para adelantar el conocimiento de las plantas que el español”. No se puede tampoco de ningún modo ignorar el cambio producido en la alimentación europea por la llegada de los géneros alimenticios del Nuevo Mundo: patatas, maíz, tomates, pimientos, ciertas judías, cacao, tabaco... La patata y su cultivo constituyen, sin duda, una de las más importantes contribuciones de América a la economía mundial. Se estima que, en la actualidad, una cosecha anual de patatas tiene más valor económico que todos los tesoros del Imperio Inca traídos por los españoles. Por todo ello, me ha reconfortado enormemente conocer la opinión sobre estos temas de Juan Ramón, que vivió intensamente

los españoles de ambos mundos fue el renacimiento poético común que se llamó el Modernismo.

¿Qué no daría yo por tener en mis manos, antes de morir, y poder enseñarlos por aquí estos libros? Y yo estoy seguro de que usted y todos los buenos españoles pensarán lo mismo que yo. Por mi parte yo estoy dispuesto a ayudar graciosamente en cuanto yo pudiera a los arquitectos, con cartas (por ejemplo) para todos mis amigos americohispanos y norteamericanos que pudieran ayudar en el hermoso esfuerzo”.

A continuación, el futuro premio Nobel le presenta su proyecto ARQUITECTURA ESPAÑOLA COLONIAL, en doce volúmenes, que justifica de la siguiente manera:

“España debe explicar al mundo de hoy, de una vez para siempre, su obra completa; en este caso, la arquitectónica. Los españoles no conquistaron a América (ni a otros países) por aventura o codicia solamente. Convivieron con los indígenas, que dominaron en pelea igual si se relacionan con las guerras modernas; se mezclaron con ellos familiarmente y levantaron ciudades como las españolas, para su convivir. Conquistaron, pues, ‘para quedarse’ en los países conquistados. Compárese su conquista con la de Inglaterra en la India, por ejemplo. (En otras publicaciones paralelas podría explicarse cómo lo ideal religioso contribuyó, con lo militar necesario y lo colonial práctico, a lo moral.)

En su convivencia con los naturales conquistados, los españoles se dieron cuenta de la fuerza del arte indígena en material y en estilo, y como tenían una tradición propia, equivalente en poder artístico a la de los naturales, continuaron sobre la fábrica de ellos dicha tradición. Dieron participación en la obra al obrero indígena y esto decidió, en el más amplio sentido, un resultado de continuidad, seme-

jante a la de España misma dentro de España en relación con lo prehistórico ibero, lo griego, lo romano o lo árabe. El indígena ponía su carácter en lo que trabajaba, figura humana, flora, fauna, etc. Es curioso que la mayor monumentalidad colonial española está en los países de mayor tradición indígena monumental.”

En la colección de conferencias que Juan Ramón Jiménez inició con la que llevaba por título *Política poética*, que abarcan de 1936 a 1954, hay una, titulada OTRO LADO DE RUBÉN DARÍO, que, tras los hechos del pasado 11 de septiembre, creo se ajusta muy bien en el solemne acto de hoy a mis propósitos de potenciar la fuerza con el espíritu y de exaltar la obra colonizadora española, iniciada en 1492 desde Huelva, que cristalizó en la realidad hispanoamericana. En este ensayo incluye Juan Ramón la “Oda a Teodoro Roosevelt”, que el poeta nicaragüense (1867-1916) le envió en 1903 y a la que considera “uno de los poemas más hermosos, más perdurablemente modernistas de Rubén Darío. Es de lo que no pasará de él. Y tampoco pasará nunca lo que la oda dice”:

Los Estados Unidos son potentes y grandes.
 Cuando ellos se estremecen hay un hondo temblor
 que pasa por las vértebras enormes de los Andes.
 Si clamáis, se oye como el rugir del león.

Mas la América nuestra, que tenía poetas
 desde los viejos tiempos de Netzahualcoyotl,...
 la América del grande Moctezuma, del Inca,
 la América fragante de Cristóbal Colón,
 la América católica, la América española,
 ... esa América, ... vive.

Y sueña. Y ama, y vibra, y es la hija del Sol.
Tened cuidado. ¡Vive la América española!

Y, pues contáis con todo, falta una cosa: ¡Dios!

Y comenta Juan Ramón: “Este Dios es ‘el Dios sobre todo’ que decimos los españoles. Dios, *una cosa*, sí, una cosa que era lo que al campeón de fuerza que presumía ser Teodoro Roosevelt le faltaba, una cosa que era el espíritu. Y nada puede hacerse sin espíritu ni comprensión espiritual”. Rubén Darío había también dejado escrito en su oda “Al rey Óscar”: “¡Mientras el mundo aliente,... mientras haya... una América oculta que hallar, vivirá España!”

Hace justamente medio siglo, en 1952, inicié mi carrera científica en Biología Vegetal bajo la dirección de don José María Albareda (1902-1966), aragonés de pura cepa, cuyo centenario acaba de cumplirse. En el homenaje celebrado en honor de este gran hombre de ciencia y de bien el pasado 15 de abril me cupo el privilegio de pronunciar la conferencia de apertura. Albareda dedicó con gran cariño sus mayores esfuerzos y sus mejores páginas a la juventud investigadora, a los jóvenes que comienzan a trabajar en la investigación, pero no sólo por afecto, sino por realismo. Su libro *Consideraciones sobre la Investigación Científica* impresiona por su formidable contenido y construcción y por estar escrito con lenguaje preciso y contundente y elegante estilo; a pesar de haber transcurrido medio siglo desde su publicación, sigue teniendo enorme actualidad y debería ser leído sin excepción por todos los investigadores españoles que hacen de la investigación su profesión, pues uno de los grandes



logros de Albareda fue sin duda haber conseguido la profesionalización de la investigación.

Albareda había soñado -con la ilusión y la fe de un gran patriota y la visión universal de un gran científico y organizador- con que la universidad española pudiera adquirir pronto la potencia y capacidad investigadora que caracterizaba e imprimía su sello a la universidad alemana y anglosajona, pero era consciente de que esta reforma no se podía hacer fácilmente desde dentro y con criterio igualitario. También era obvio para Albareda que, aunque la Universidad y las Escuelas Técnicas -forjadoras de la mejor juventud y proveedoras del mantenimiento y desarrollo del país- otorgaban los títulos de doctor, las cátedras universitarias investigadoras eran más bien la excepción y se creaban sin dotarlas de personal, laboratorios ni medios para la investigación. Además, tampoco le cabía duda de que la Universidad no podía erigirse con la exclusividad de la investigación, y de que era urgente la necesidad de crear centros de investigación técnica y de ciencia básica y aplicada al margen de la propia Universidad y de las Escuelas Técnicas. Todos estos fines podría cumplirlos un organismo que tuviera como finalidad fomentar, orientar y coordinar la investigación científica nacional.

En sus últimos días, Albareda repetía incesantemente que la Universidad y los Centros del Consejo debían solaparse e integrarse para potenciar sus esfuerzos y conseguir niveles de excelencia en la investigación y la docencia. A menudo entrelazaba los dedos de sus manos entremetiéndolos hasta el fondo como la mejor indicación de lo que pensaba a este respecto. Con vi-

sión y perspectiva de políticos-científicos de gran alcance, don José María Albareda y don Manuel Lora-Tamayo (1904-) -maestros a imitar y a seguir, aunque inimitables e inalcanzables- enseñaron a varias generaciones de jóvenes investigadores y profesores el camino para entrar con entusiasmo y confianza en el tercer milenio. Estas jóvenes generaciones cuentan ya en sus filas, tanto en los centros propios del Consejo como en los centros mixtos Universidad-Consejo, en los de ciencia básica como en los de ciencia aplicada, en los de Artes y Humanidades como en los de Ciencia y Técnica, con una magnífica legión de científicos y están demostrando, para asombro del mundo y orgullo de nuestra patria, que ellas sí saben inventar y enseñar.

Don José María Albareda fue en nuestra época inspirador y ejecutor del *Consejo Superior de Investigaciones Científicas*, como en la anterior lo habían sido el rondeño don Francisco Giner de los Ríos (1839-1915) y el manchego don José Castillejo (1877-1945) de la *Junta para Ampliación de Estudios*. Castillejo, a quien el ilustre economista e historiador palentino don Ramón Carande (1887-1986) retrató en su *Galería de amigos* como “un vástago tardío de la Ilustración”, fue catedrático de Derecho Romano de la Universidad de Sevilla en 1905. La Junta se fundó en 1907 como hija de la *Institución Libre de Enseñanza*, y en su creación y funcionamiento jugó un papel capital don Santiago Ramón y Cajal, patriota ejemplar y coloso que por sí solo imprimió un vigor extraordinario a la biología española. Becarios de la Junta fueron, entre otros destacados científicos, don José María Albareda, don Manuel Lora-Tamayo y don Severo Ochoa (1905-1993),



los tres grandes maestros y muy estrechamente vinculados a mi vida y a mi carrera investigadora y docente.

Como becario del Instituto de Edafología y Biología Vegetal del Consejo, cuyo director era Albareda, ingresé en 1953, gracias a su apoyo, en la famosa *Residencia de Estudiantes* de la calle Pinar, en la que salvo mis etapas en el extranjero, fui residente durante años inolvidables hasta 1963, fecha de mi matrimonio con Antonia Friend, que celebró el propio don José María. La Residencia de Estudiantes -modelo en su género y con rasgos originales de especial atractivo que marcarían un hito en la enseñanza universitaria española de la primera mitad del siglo pasado- fue criatura de la Junta y promovida por Castillejo. Desde su fundación en 1910 hasta 1936, la Residencia fue dirigida con excepcional habilidad y maestría por el pedagogo y escritor malagueño don Alberto Jiménez Fraud (1883-1964), elegido también para este puesto, como antes Castillejo para la Junta, por don Francisco Giner, maestro ético que había hecho estética de la bondad. Invitado en 1913 por don Alberto Jiménez a vivir como “poeta en Residencia”, Juan Ramón Jiménez residió en ella, desempeñando actividades decisivas que dejarían huella indeleble, hasta 1916, fecha de su boda con Zenobia Camprubí (1887-1956). La Residencia, que había nacido humilde y recatada en un hotelito de la calle Fortuny, donde Juan Ramón conoció a Zenobia, mujer admirable de extraordinaria sensibilidad y cultura, y sufrió el flechazo de su amor, hubo de trasladarse en 1915 para buscar más espacio a los llamados Altos del Hipódromo, o como la bautizó Juan Ramón, La Colina de los Chopos.

Juan Ramón vio la luz en Moguer, en la que hoy se conoce como su Casa Natal: “una casa azul marino, orilla de los ríos Odiel y Tinto, de marismas ocres y moradas”, y vivió casi toda su infancia y juventud en un hermoso edificio del siglo XVIII, que es actualmente Casa-Museo Zenobia y Juan Ramón: “¡Qué alegría de colores pasados de sol en el suelo de mármol, en las paredes, en las hojas de las plantas, en mis manos, en mi cara, en mis ojos!” y de nuevo, el azul, el grana, el amarillo, el blanco de los cristales de la cancela “que daba del patio de mármol al de los arriates”. Después de sus primeros años en la miga y en un colegio de Moguer y de una estancia de cinco años con los jesuitas del Puerto de Santa María, Juan Ramón consiguió el grado de Bachiller en Jerez en 1896 y vino a Sevilla para estudiar Derecho, pero su primera vocación fue la pintura, en la que se inició con “un pintor colorista y fandanguero”, si bien pronto daría paso a su verdadera pasión, la poesía, para la que vivió siempre, definiéndose a sí mismo como un poeta instintivo, sensual y sensitivo: “¡Esclavo tuyo soy, poesía, y moriré de enfermedades de belleza!”. En el Ateneo sevillano, el poeta andaluz con fondo de Sevilla conoció al pintor de Nerva, Daniel Vázquez Díaz (1882-1969), más tarde académico de Bellas Artes de San Fernando, que en los años 1929-1930 plasmó en una gran composición pictórica sobre los vetustos muros del venerable monasterio de Santa María de la Rábida los frescos *El poema del Descubrimiento*. En 1897, Juan Ramón decidió abandonar la carrera de Derecho y regresó a Moguer para dedicarse definitivamente a la literatura.

Cuando Juan Ramón llega por primera vez a Madrid en la primavera de 1900 se encuentra incandes-

cente el clima modernista, y todo gira en torno a Rubén Darío. Para Juan Ramón, "Rubén Darío era mi sol, era el sol de Nicaragua y de muchos muchachos y países más". Rubén fue precisamente quien dio el espaldarazo a Juan Ramón como poeta, enviándole un soneto impecable que termina con estos hermosos tercetos:

¿Te entenece el azul de una noche tranquila?
¿Escuchas pensativo el sonar de la esquila
cuando el Ángelus dice el alma de la tarde

y las voces ocultas tu razón interpreta?
Sigue, entonces, tu rumbo de amor. Eres poeta.
La belleza te cubra de luz y Dios te guarde.

En 1969, Rafael Alberti (1902-1999) seleccionaría, como piezas maestras en la Antología que hizo de la obra de Juan Ramón, el capítulo ÁNGELUS de *Platero y yo* y el poema ANUNCIACIÓN.

De regreso a su ciudad natal en el verano de 1900, su padre muere repentinamente, acontecimiento que habría de marcarle para toda la vida, hasta el punto de que sufre una fuerte depresión nerviosa y es ingresado en un Sanatorio de Burdeos, donde permanece hasta su vuelta a Madrid: "A fines de 1901, sentí nostalgia de España y ... me vine al Sanatorio del Rosario, blanco y azul, de Hermanas de la Caridad bien ordenada. En este ambiente de convento y jardín he pasado dos de los mejores años de mi vida". El doctor Luis Simarro (1851-1921), fundador de la *Asociación para el Progreso de las Ciencias*, que le atiende con cariño de padre se lo lleva a su casa en 1903, tras la muerte de su esposa, en compañía del malogrado neurólogo Nico-

lás Achúcarro (1880-1918), y en ella reside dos años. Juan Ramón comenta con alegría a propósito de su joven amigo vasco: "LA Aurora", le puse yo cuando le conocí...Donde él entraba, parecía que entrara el primer sol, un sol primero universal... Alegre, dinámico, inquieto y bueno, Nicolás Achúcarro". En una nota autobiográfica refiere también Juan Ramón que "éste es un periodo en que la música llena la mayor parte de mi vida."

El doctor Simarro le pone en contacto con la Institución Libre de Enseñanza, con su fundador, don Francisco Giner, creador, padre y alma de la Institución, y con un grupo distinguido de figuras venerables y de jóvenes entusiastas de alto nivel intelectual, moral y artístico -Costa (1846-1911), Cossío (1857-1935), Sorolla (1863-1923), los Machado....- A partir de este momento, el krausismo será de gran importancia en la ética y estética de Juan Ramón, que ya había visto una vez a una de las grandes figuras del krausismo andaluz, don Federico de Castro (1834-1903): "¿Era en el aula última de la Universidad de Sevilla, entre patios y jardín, o perdido en el sol de la acera de verano por el callejón de la Plata, de la plaza de Villasís?" Este insigne almeriense, catedrático de Metafísica de la Universidad hispalense, era amigo del catedrático y creador del Museo de Historia Natural y gran conocedor de las aves del Coto de Doñana don Antonio Machado Núñez (1812-1896), abuelo de los poetas, con el que fundó el Ateneo hispalense en 1876. Fue asimismo don Federico discípulo devoto del soriano don Julián Sanz del Río (1814-1869), compañero de don Francisco, con los que constituyó lo que Menéndez y Pelayo llamó "la primera hornada de krausistas."



Importa señalar que después de la vida efímera de la “Academia de Estudios Superiores”, establecida en Madrid en los locales del Ateneo Mercantil, cerca de la Puerta del Sol, la Institución Libre de Enseñanza, fundada en 1876, se instaló en la calle de Esparteros, también a pocos pasos de la Puerta del Sol, con el propósito de ser Universidad Libre, en la que enseñarían los profesores dimisionarios, como don Francisco, separados de las aulas oficiales. Sin embargo, el fracaso de la Institución en el campo científico y de la enseñanza universitaria se tradujo a partir del curso 1878-1879 en un auge creciente de la primera y segunda enseñanzas, hasta su fusión definitiva en el curso 1880-1881. Finalmente, Giner concibe la Institución como un centro pedagógico piloto que aborde especialmente el problema de la enseñanza primaria. ¡Había que empezar por el principio, y los profesores universitarios se hicieron maestros para conseguir la formación infantil integral! El legado de don Francisco, las tres normas ginerianas, integradas después en el programa educativo de la Residencia, eran cultivo de la inteligencia, del sentimiento y de la conciencia.

Juan Ramón regresa a Moguer en 1905 y pasa “una época lamentable en que no trabajo nada; la preocupación de la muerte me lleva de las casas de Socorro a las de los médicos, de las clínicas a los laboratorios”. Pero la soledad, el contacto con la naturaleza y la lectura de los clásicos (él destaca, sobre todo a los grandes poetas del Siglo de Oro: San Juan de la Cruz, Santa Teresa y Fray Luis de León) le devuelven de nuevo el ánimo, y entre 1906 y 1912, tras sufrir la ruina económica de su familia, desarrolla una gran actividad creadora y escribe por puro gozo, andando con su burrillo

plateado por el pueblo blanco y los caminos moguerños, entre viñas y naranjos en flor, *Platero y yo*.

Don Francisco Giner muere en la noche del 18 de febrero de 1915. Horas después Juan Ramón comunica la triste noticia a Zenobia en su carta diaria de pretendiente apasionado: "¡Ahora se sabrá con su falta lo que era este hombre extraordinario! ¡Un niño de 76 años!" En *Un Andalúz de fuego* (Elejía a la muerte de un hombre), escribe Juan Ramón: "Francisco Giner fue siempre andalúz, o mejor, español andalúz, con lo más hondo de Andalucía fijo y quitado lo más innecesario y superficial. Por ejemplo, el acento exagerado... La pedagogía era en Francisco Giner la espresión natural de su poesía lírica íntima... ¡Y como la profesaba, la no escribía, la vivía Francisco Giner!... Quien llegaba a él salía mejorado en algo y contento del todo... Yo no me eduqué, no fui discípulo infantil de Francisco Giner, como algunos han escrito, en la Institución Libre. Lo conocí a mis 21 años. Y aprendí entonces en él, en su acción de educar a los niños, parte de lo mejor de mi poesía... La realización no imaginativa, personal de la poesía: en el amor, en la relijión, en la educación."

El año 1916 fue decisivo en la vida y obra de Juan Ramón, que se embarca en Cádiz a fines de enero para casarse en Nueva York con Zenobia, "la americanita", hija de padre español y madre puertorriqueña, y regresa a fines de junio a Moguer "¡Qué bien le viene al corazón su primer nido!" Inspirado en gran parte por este viaje de "tierra, mar y cielo", publica en 1917 *Diario de un poeta recién casado*, que consideró "su mejor libro" y dio entrada a una nueva época de su poesía y

de la poesía española e hispanoamericana: “La coincidencia de amor y mar grande, y América, obró el prodigio... y fue el mar lo que produjo el verso desnudo”. América del Este, Nueva York, la influencia de los poetas de habla inglesa, la experiencia amorosa, la visión de un mar que “a pesar de parecer inmenso, no amenaza, sino que es fuente de tranquilidad y refugio” y que hasta entonces sólo había contemplado en su infancia desde la orilla, así como la alegría de la vuelta a su amada España, le hicieron ver escenas inéditas y horizontes insólitos con ojos y alma de poeta.

Tras regresar en 1916 de Estados Unidos, Juan Ramón y Zenobia viven en Madrid unos meses en la Residencia de Estudiantes y después en varias casas de la capital hasta que estalla la guerra civil. Los trabajos de sus veinticuatro años en Madrid (1912-1936) son los más fecundos de su vida y de una rica variedad creadora. Durante ellos, siempre mantuvo contacto con la Residencia y con lo mejor de la intelectualidad liberal y moderna de su tiempo y realizó con Zenobia numerosas traducciones, entre ellas las del poeta hindú Tagore (1861-1941).

En 1936, el matrimonio Jiménez-Camprubí sale para Francia y embarca en Cherburgo hacia Nueva York. El cruce de los Pirineos inspira a Juan Ramón a escribir hondos poemas sobre la tragedia bélica española. Después de una breve estancia en Nueva York y Washington, llegan a Puerto Rico, donde residen unos meses para trasladarse a la Habana, que será su residencia durante dos años. En 1939 vuelven a Estados Unidos, donde vivirán doce años (Miami, Washington y Maryland). Su “tercer gran viaje por la mar” a Argenti-

na en 1948 le puso en contacto de nuevo con el océano y con los hispanoamericanos, lo que le elevó el ánimo y le indujo a escribir una de sus obras capitales y universales: *Animal de fondo*. Por fin, tras un viaje de prueba a Puerto Rico, el matrimonio se traslada definitivamente a la isla de la simpatía en 1951, donde Zenobia muere de cáncer en 1956, unos días después de la concesión del Nobel a su marido, y Juan Ramón, deprimido y sin fuerzas, en 1958.

En América, la guerra española y europea, el destierro, la soledad, las enfermedades, el dolor, la vejez dejan profunda huella en el poeta, y afectan seriamente a los proyectos de la ordenación de su Obra. El propio autor selecciona las tres épocas que desde 1895 señalan, cada quince años aproximadamente, un nuevo brotar en su vida, y las considera tiempos o juventudes, revoluciones, renovaciones o renacimientos, tan bien definidos como un día con su mañana, mediodía y tarde, o como un año con su primavera, verano y otoño. Después de su "Primera, Segunda y Tercera juventud", el poeta sintió nacer una "Cuarta juventud, desde 1948", a los 67 años, tras un encuentro con su *Dios deseado y deseante*.

Las relaciones de Juan Ramón con Zenobia no siempre fueron fáciles, pues se encontraban frente a frente dos temperamentos muy distintos, y los roces y disgustos eran inevitables. Juan Ramón, amigo de la soledad, contemplativo y entregado a su única obsesión: la escritura. Zenobia, alegre y juvenil, activa y desbordante. La dedicatoria postrera que el poeta dejó escrita en su agenda es una prueba fehaciente de la admiración y el reconocimiento sin límites que sintió por su



mujer -colaboradora, consejera y cuidadora inigualable del hombre al que consagró su vida- y del amor que no pudo colmar para hacerla dichosa: “A Zenobia de mi alma, este último recuerdo de su JR, que la adoró como a la mujer más completa del mundo, y no pudo hacerla feliz. J.R. Sin fuerza ya.”

El delicioso poeta sevillano Manuel Machado (1874-1947), que captó como pocos el alma andaluza, nos reveló en uno de sus más ágiles y galantes requiebros de dónde le viene a la ciudad de la Giralda y de la Torre del Oro y a toda Andalucía el embrujo con que han sido premiadas por la divina gracia: “El secreto de Sevilla, su mayor encanto, es la luz”. Su hermano Antonio (1875-1936), el poeta desaliñado de cuerpo y limpio de alma cuya lectura tanto sosiego espiritual produce, también rememoró absorto esa luz limpia y luminosa de los cielos azules sevillanos en el RETRATO de sus añoranzas de niño: “Mi infancia son recuerdos de un patio de Sevilla y un huerto claro donde madura el limonero”. Otro distinguido poeta sevillano, Vicente Aleixandre (1898-1984), cantó la grandeza del hombre en la armonía del Universo, y a la luz desde la conciencia de la oscuridad. Luis Cernuda dejó asimismo en su JARDÍN ANTIGUO muestras inolvidables de su amor por la belleza de la luz y de los cielos de su ciudad natal: “Ver otra vez el cielo hondo a lo lejos, la torre esbelta tras flor de luz sobre las palmas: las cosas todas siempre bellas”. Su escueta definición de EL ANDALUZ sorprende por su lograda riqueza de contrastes: “Sombra hecha de luz, que templando repele, es fuego con nieve el andaluz”. El más joven de los poetas del grupo sevillano, amigo de Cernuda y de Villalón (1881-1930) y enamorado de las flores, que

tanto supo de sol, de luz y de colores, de fuentes, patios, patinillos y compases, y de los cielos que perdimos, fue el meditativo solitario “jardinero mayor” y conservador del Alcázar de Sevilla Joaquín Romero Murube (1904-1969).

Pero entre la brillante plétora de poetas del pasado siglo de la Baja Andalucía, pocos han cantado a la luz y al sol desde tantos ángulos y perspectivas y con tantas tonalidades y reflejos calidoscópicos como “el andaluz universal” de Moguer, que con enorme cariño y ternura acertó a descifrar, hasta dejarlas completamente desnudas en su esencia, las entrañas de su pueblo: “Te he dicho, Platero, que el alma de Moguer es el vino, ¿verdad? No; el alma de Moguer es el pan. Moguer es igual que un pan de trigo, blanco por dentro, como el migajón, y dorado en torno ¡oh sol moreno! como la blanda corteza. A mediodía, cuando el sol quema más, el pueblo entero empieza a humear y a oler a pino y a pan calentito”. Juan Ramón Jiménez, también triste exiliado, dedicó a su pueblo blanco y a su luz celestial sus palabras finales antes de reintegrarse para siempre a su soñada tierra materna: “Te llevaré, Moguer, a todos los países y a todos los tiempos. Serás, por mí, pobre pueblo mío, a despecho de los logreros, inmortal. Moguer mío: ¡Ciérrame en tu puerta blanca tu abrazo contra mi abrazo.”

Hacia 1950, viviendo Juan Ramón Jiménez todavía en Norteamérica, comenzó a preparar dos selecciones de su obra, una de prosa lírica, *Con el carbón del Sol*, y otra de prosa crítica, *El andarín en su órbita*, explicando su proyecto en una nota aclaratoria en la que confiesa haber escrito mucho más en prosa que en verso.



Francisco Garfías, que ha estudiado a fondo la obra del andaluz de Moguer, ha realizado una labor magnífica en la preparación de estos textos y los ha publicado con los mismos títulos tras la muerte del poeta. Para mí, y creo que para muchos lectores, resulta intrigante el título *Con el carbón del Sol*, que el propio Juan Ramón explica al inicio con concisión: “Tanto como el fuego, el oro, le veo al sol el carbón. Por eso la vida... me parece tan espantosamente fúnebre, tan cortada y contrastada de luz y sombra, de vida y muerte”. En su ensayo IDEA FIJA DE LA MUERTE FATAL, lo explica después con más detalle y claridad: “La muerte repentina de mi padre se copió en mí, alma y cuerpo, como en un espejo; o mejor, en una placa fotográfica. Me hirió como la realidad a la placa... Y con la muerte grabada en mí, sentía morirme a cada instante... Cuando recuerdo esta ‘sentirme’ de esta época, pienso cómo pudo sentirse uno alma... Los médicos tenían que venir constantemente de día y de noche.. Vestido de luto, yo y mi sombra éramos ya tres inseparables... En el sol violento de Moguer, la idea de mi sombra me era entonces terrible... No quería salir a la calle para que el sol no me sacara la sombra sobre las piedras heladas y calientes. Sombra y sol. Fuego y frío. Fiebre. Nunca he sentido el sol más sin color ni más extraño. Era negro, el sol era negro. Por primera vez supe de veras, por mí, no por los libros, que el sol era de carbón, que era un carbón encendido que alumbraba Moguer de amarillo y negro.”

Este tétrico relato autobiográfico del carbón del Sol contrasta vivamente con el poema CONVALECENCIA, donde el poeta siente verdadera ternura por las caricias del sol cuando yace enfermo en su cama y la tristeza le invade:

Sólo tu me acompañas, sol amigo,
como un perro de luz, lames mi lecho blanco;

así como con una deliciosa y enternecedora historia de niño, que lleva por título EL RAYITO DE SOL: “Al niño chico lo ha despertado en la cuna un rayito de sol que entra en el cuarto oscuro de verano por una rendija de la ventana cerrada... La belleza iluminada del rayito de sol le ha abierto en los mismos ojos un paraíso florido y májico que lo tiene suspenso... Le pone la manita al rayo de sol; luego el pie,... luego la boca, luego un ojo, y se deslumbra, y se ríe... Si en la lucha por jugar con él se da un golpe en la baranda, aguanta el dolor y el llanto y se ríe con lágrimas que le complican en iris precioso el bello sol del rayo... De pronto, ya no está el rayo. Y en el cuarto oscuro, el niño... llora desesperadamente por su madre...”

En el ensayo NATURALEZA de *La colina de los chopos* (1915-1920) escribe Juan Ramón: “me gusta, como de niño, jugar con la tierra, con el fuego, con el aire, con el agua... En este primitivismo sigo siendo un niño, es decir, un hombre primero”. Pero yo pienso que, de haberlo sabido, le hubiera gustado todavía más jugar, como con las piezas de un mecano, con las partículas de luz y los átomos de los elementos químicos de que están constituidos estos cuatro elementos de los clásicos griegos, temas a cuyo estudio he dedicado por entero mi vida.

¿Sabía Juan Ramón, pintor y dominador lírico de los colores, que la radiación del cuerpo negro facultó en 1900 a Planck y más tarde a Einstein (1879-1955) para descubrir que la luz está hecha de cuantos, dando co-



mienzo a la visión cuántica del Universo, del macrocosmos y del microcosmos? ¿Y que el paso de un rayo de luz por un recinto oscuro permite “ver” los átomos y moléculas del aire, pues las partículas de polvo suspendidas en él se ven sometidas por su choque a un movimiento errático y dispersan la luz en todas las direcciones, haciendo visible el rayo a los ojos del observador efecto descubierto en 1859 por Tyndall (1820-1893)? ¿Y que el paso de un haz de luz por un prisma de cristal incoloro posibilitó a Newton (1642-1727) el descubrimiento de que la luz blanca está compuesta por los colores del arco iris? La genialidad de Newton le llevó en su *annus mirabilis* (1665) a desarrollar sus ideas y conceptos sobre la gravitación y la naturaleza corpuscular de la luz que le harían universalmente famoso e impulsarían a su contemporáneo Pope (1688-1744) a dedicarle un elogio sin par en una sencilla y bella poesía: “Nature and nature laws lay hid in night: God said, let Newton be and all was light!”

El gran Lavoisier (1743-1794), padre de la Química moderna y el primero que tuvo claro el concepto de elemento químico, se equivocó al considerar a la luz como uno de ellos. También el escritor y poeta Goethe (1749-1832), al que tanto admiró Juan Ramón Jiménez y quizás la última personalidad que en el Siglo de las Luces encarnó todavía el espíritu del hombre del Renacimiento, tratando de comprender la naturaleza en todas sus manifestaciones y de conseguir el concierto de todas las ciencias, prestó gran atención al estudio de la luz y los colores. El autor de *Fausto* dedicó incluso a los colores un volumen, *Farbenlehre*, de sus escritos científicos, pero erró en la doctrina de que la luz es una e indivisible y no está constituida por corpúscu-

los. ¡De sabios es no sólo acertar sino también equivocarse!

Al aproximarse a su fin el siglo XIX, la Física clásica había alcanzado un grado de madurez tal que algunos ilustres físicos llegaron a afirmar que a las futuras generaciones de investigadores no les quedaba otra labor que la de perfilar algún que otro detalle. Pero entonces, como en tantas ocasiones desde el origen del Universo, se hizo la luz, se dispersaron las tinieblas y se abrieron nuevos y fascinantes horizontes. Además de la *luz visible* ordinaria, cuyo espectro, o gama de colores, comprende los propios del arco iris, desde el rojo al violeta, dos nuevas clases de *luz invisible* habían sido ya descubiertas independientemente a principios del siglo XIX y denominadas con acierto *luz infrarroja* y *luz ultravioleta*. Los rayos infrarrojos no son captados por la retina, pues, desde el punto de vista de su frecuencia, se encuentran situados “por debajo” de los rojos; tampoco lo es la radiación ultravioleta, que se encuentra “más allá” del violeta.

Uno de los descubrimientos más importantes en la historia de la ciencia fue el de un nuevo tipo de ondas electromagnéticas, de frecuencia aún menor que la de la radiación infrarroja: las *ondas de la radio*, u ondas hertzianas, así denominadas en honor del malogrado físico alemán Heinrich Hertz (1857-1894), que las descubrió en 1888. El descubrimiento de las ondas hertzianas representó la base de partida para el rápido desarrollo de una serie de nuevas tecnologías (*radio, televisión, microondas, radar*), así como para la aparición de gran diversidad de técnicas espectroscópicas de capital importancia en el estudio de la estructura

del Universo y de los átomos y moléculas. Otro hallazgo que marcó época fue el de los *rayos X* por el primer premio Nobel de Física Roentgen (1845-1923) en 1895; se trataba de un nuevo tipo de radiaciones electromagnéticas, más “duras” que los rayos ultravioleta, pero de menor energía que los *rayos gamma*, que permiten igualmente “ver” en la oscuridad. En conjunto, estos descubrimientos dieron lugar a fines del siglo XIX a una segunda Revolución Científica, después de la primera, iniciada en los siglos XVI y XVII por Copérnico (1473-1543), Vesalio (1514-1564) y Galileo (1564-1642). Gracias a la luz sabemos hoy que el Universo se expande y que las estrellas son los crisoles donde se generan los átomos de los elementos químicos a partir de hidrógeno y helio.

Juan Ramón buscador de la esencia de la naturaleza de las cosas creyó que “lo más bello es el átomo último, el solo indivisible, y que por serlo no es, ya más, pequeño”, pero ¡qué bello poema no hubiera compuesto si en vez de creer que los átomos son indivisibles hubiera sabido que el joven físico danés Bohr (1885-1962) había sido capaz de deducir en 1913 la íntima estructura del átomo más pequeño, el de hidrógeno, al contemplar las rayas de colores (rojo, verde, azul, violeta...) de su espectro visible, y formular unas simples ecuaciones sobre la base de unas cuantas constantes universales! Yo tuve la satisfacción y el inmenso honor de que los trabajos que realicé durante mi estancia en la Laboratorio Carlsberg de Copenhague con células de levadura sobre Genética-Bioquímica fueran presentados a la Academia de Ciencias danesa en sesión presidida por el genial sabio atómico. Y desde entonces, ¡cuántas reflexiones no habré hecho so-

bre las partículas atómicas, los átomos, las moléculas y las macromoléculas de la vida! Nuestro último libro, *Los elementos y moléculas de la vida*, está precisamente dedicado “a las partículas, átomos y moléculas que dan vida a la vida.”

¡Qué maravilla hubiera supuesto también para Juan Ramón haber conocido que en 1935 se había demostrado experimentalmente la validez de la más famosa ecuación de la ciencia, $E/m = c^2$, es decir, que un kilo de materia equivale a casi un trillón de julios de energía! En efecto, los rayos gamma, que se producen, por ejemplo, en el interior de las estrellas al fusionarse los átomos, pueden convertirse en materia y dar lugar cada uno a dos partículas subatómicas, el electrón y su antipartícula el positrón, y viceversa, estas partículas pueden aniquilarse para regenerar fotones gamma.

A Juan Ramón le hubiera impresionado de veras saber que, gracias al pigmento verde de las hojas (la clorofila) -uno de los colores más conspicuos de la naturaleza y que más le atraían- y a expensas de la luz del sol, del agua, del aire y de la tierra, las plantas realizan el milagro de convertir la energía solar en energía química, que sirve después de alimento a todos los seres vivos y que en último término todos utilizamos como fuerza vital bajo una forma sofisticada de energía química que los bioquímicos llamamos metafosfato. Nuestro grupo hubiera obsequiado con gusto a Juan Ramón con otro de nuestros libros, *Fotobioquímica*, dedicado a los cuatro elementos con los que a él le gustaba tanto jugar desde niño: “Al Sol, al agua, al aire y a la tierra, y al reino vegetal, fuentes de energía y vida”. Contentos habríamos discutido también con él

que el Sol no es un “ascua encendida”, sino una potentísima central nuclear de fusión que aniquila en su centro su masa a la temperatura de decenas de millones de grados, convirtiéndola en luz fortísima, exterminadora, a razón de un millón de toneladas por segundo y enviándonos sólo a la Tierra, para que no nos achicharre, la fracción de un kilo, es decir, cien petavatos, pero tornada ya en luz blanda, visible y apta para la poesía y para la vida. Después de hablar de la luz, hubiéramos charlado con él de las maravillas del agua, de la que decía el poeta lírico griego Píndaro (518-438? a.C.): “Hydor men arístón”, el agua es lo mejor. Y después, del aire, de la tierra, de los bioelementos primordiales y de los oligoelementos esenciales para la vida y, en último término, de la conversión de la luz en energía vital y... de la vida y de la muerte.

Tras este preludio dialogante, considero enriquecedor tratar de tender puentes entre luces y sombras, fuerza y espíritu, poetas y científicos, y de reflexionar sobre poesía, ciencia y vida, porque, a fin de cuentas, la vida es lo más importante para el hombre, y la historia del Universo y la historia de la vida son las grandes maestras de la humanidad. Decía el filósofo alemán Schopenhauer (1788-1860), cuya filosofía es esencialmente una doctrina pesimista -únicamente la piedad y el arte pueden salvar a los hombres del egoísmo y permitirles superar el sufrimiento que éste engendra-, que “es preciso haber vivido mucho para reconocer cuán corta es la vida”. La brevedad de la vida por larga que ésta sea, la rápida e implacable sucesión de las etapas agrídulces tan plenas de nostalgia que tan bien la definen y que sin remisión nos llevan a todos, rueda que rueda, al mismo y definitivo fin, sin admitir en

ningún caso vuelta atrás, han sido y siguen siendo temas de profunda reflexión para todos los hombres. Pero han sido sobre todo los poetas, quienes, quizás sin saberlo, han sabido expresar mejor que nadie, con su palabra escogida, delicada sensibilidad y diáfana claridad, lo que es la vida: un soplo, un pestaño, un río, un ajetreado viaje sin retorno hacia la eternidad más deseada y soñada -como con tanta sencillez, belleza y fe cantó en las *Coplas a la muerte de su padre* el joven y noble caballero del medioevo Jorge Manrique (1440-1478)- o hacia la nada más absoluta y más vacía -como con más o menos convicción creen los nihilistas de ultratumba-.

Es indudable que mientras se vive en este mundo hay que practicar el bien y creer en la verdad definitiva, que no es frívola ni ambigua, sino lógica, precisa y trascendente, y hay que dudar de lo que no se sabe todavía con certeza, sin asegurar nada ni jurar por nadie, hasta encontrar del todo la verdad, si ello es al fin posible, porque creer no es saber, sino dudar, y lo que en definitiva vale es lo que es y no lo que se cree. De conformidad con Aristóteles (384-322 a.C.), “la duda es el principio de la sabiduría, y la felicidad consiste en hacer el bien”. La verdad nos hace libres, porque es el verdadero y único camino. La búsqueda de la verdad, el disfrute de la belleza y la práctica del bien son, en contraposición a la mentira y al mal, los ideales más nobles y ansiados de gran parte de la humanidad. No puede haber mejor proyecto de futuro que santificarse en la verdad y procurar que en nuestro entorno reine la paz y viva el contento. Juan Ramón Jiménez clamaba con vehemencia: “Hay que encontrar el ideal, que existe... ¡lo que sea!, es decir, la verdad única”. Siguiendo

su sabio consejo, todos debemos buscar el verdadero camino y seguirlo sin desfallecimiento desde que “empieza la divina lucha” hasta llegar a la “verdad íntima.”

Con su natural ingenio y elegancia, Manuel Machado expresó sencillamente en su soneto *Alfa y Omega* lo que es ciertamente el devenir humano en su corto recorrido:

Cabe la vida entera en un soneto
empezado con lánguido descuido,
y, apenas iniciado, ha transcurrido
la infancia, imagen del primer cuarteto.

Llega la juventud con el secreto
de la vida, que pasa inadvertido,
y que se va también, que ya se ha ido,
antes de entrar en el primer terceto.

Maduros, a mirar a ayer tornamos
añorantes y, ansiosos, a mañana,
y así el primer terceto malgastamos.

Y, cuando en el terceto último entramos,
es para ver con experiencia vana
que se acaba el soneto... y que nos vamos.

Y si la vida es así de corta y misteriosa, hemos de procurar vivirla racional y sentimentalmente, y enseñar a los niños, a los jóvenes y a los mayores a vivirla con conocimiento, ilusión, esperanza y todo el amor posible, y con intensidad, dignidad y en solidaridad y paz con todas las razas humanas, conscientes de que es un milagro indescifrado y, por ahora, indescifrable,

lento de enigmas, contradicciones e incertidumbres, de penas y alegrías, de dolores y gozos, que nos sumen en la más inquietante perplejidad. Vivimos de milagro y entre milagros, y hay que reconocer, como ya lo hizo San Ambrosio (340-397), el padre de la Iglesia y arzobispo de Milán que convirtió a San Agustín (354-430), que “la naturaleza es la mayor fuente de verdad” para descifrarlos y que, según el obispo de Hipona, “*Noli foras ire, in interiori homini habitat veritas*”, es decir, no hay que salir fuera, porque la verdad habita en nuestro interior. En nuestro tiempo, sorprendido por las maravillas de la naturaleza y de la vida, el muy conocedor de muchos de sus secretos Pío Baroja (1872-1956) escribió en *El árbol de la ciencia*: “Se puede decir que en la naturaleza no hay milagros, pero también se puede decir que todo es milagro”. ¡Puede imaginarse mayor milagro que el del origen del Universo, con el increíble big-bang y su posterior evolución hasta lo que es hoy: millardos de galaxias con billones de estrellas cada una! ¡Y qué decir del origen y la evolución de la vida en nuestro sistema solar, y del Sol y su luz, fuentes de vida y belleza! Y junto a la maravillosa y riquísima diversidad biológica ¿no es revelador que sólo una especie haya alcanzado el nivel de inteligencia y conciencia del *Homo sapiens sapiens*, con su capacidad de desentrañarlo todo, o casi todo, y de amar y de odiar, y de crear y de destruir?

Sin duda es la vida, por sencilla que sea -y así es la de los microorganismos-, la mayor maravilla de nuestro mundo y supera con mucho a las más inefables conquistas ¡tan arduas, apasionadas y apasionantes! de la ciencia y de la moderna tecnología. Hoy se puede afirmar que ningún campo de la ciencia está progre-

sando más rápidamente que la biología, una vez establecidas sus bases físicas, químicas y genéticas. Gracias a estos avances sabemos ya ciertamente que la vida es, en principio y hasta niveles ciertamente anímicos, fisicoquímica, la culminación evolutiva de la complejidad natural creciente de partículas, átomos, moléculas y células, pero ¿qué sabemos de los misterios más íntimos, insondables y sublimes de la vida humana, su más alta expresión? ¿es también la vida humana sólo fisicoquímica, sin voluntad que la dirija y espíritu que la eleve, sin destino ultramundano que le dé sentido y la justifique, sin un Dios creador de todo a partir de la nada, es decir, de un Universo casi infinito que nace de un punto y en un instante, como parece haber descubierto la ciencia?

Parece un hecho cierto que el Universo nace programado y está gobernado por unas pocas constantes universales que han permitido su evolución progresiva y ascendente hasta llegar al hombre. Quizás nada puede aproximarse más a la idea de Dios, tan cercano y tan distante, tan manifiesto y tan oculto, que el Universo creado por Él, con su grandeza, perfección y belleza, y que el hombre, creado a su imagen y semejanza, con su capacidad de amar, de razonar, de descubrir los misterios de la creación e incluso de crear. ¿Será Dios luz y amor, y el cielo un jardín iluminado por el esplendor de su rostro? Cuando nuestros procesos vitales se interrumpan irreversiblemente ¿terminará todo en la oscuridad y en la nada o empezará para todos y cada uno de nosotros una nueva vida de eterno descanso en que brillará la luz perpetuamente?

Hay que buscar la verdad con fe, con la razón y con el corazón, con sinceridad y sacrificio, por encima de

todo, de nuestros instintos e intereses e incluso de nuestras ideologías y creencias, conscientes de que la verdad es la verdad y de que, por perogrullesco que parezca, nadie puede hacer de la verdad mentira ni de la mentira verdad: Lo que es, es. Y hay que practicar el bien a ultranza, siguiendo más al corazón que a la cabeza. Tenemos que escuchar a todos, pero ante todo y sobre todo a los santos y a los sabios, a los artistas y a los científicos. Ya Platón (¿427-347 a.C.) nos señaló que “Dios nos ha dado dos alas para volar hacia Él: el amor y la inteligencia.”

La ciencia, guiada por la inteligencia, ha demostrado ser camino universal de verdad, el más importante y fiable de los saberes humanos, independiente de la raza, credo y nacionalidad de los hombres. Pero la ciencia, que es incuestionable e imparable, es fría, calculadora, soberbia y ambiciosa y, además, hay ciencia del bien y del mal. Por ello, para ser ciertamente humana, es decir, divina más que diabólica, la ciencia ha de estar regida por la conciencia e impulsada por el amor. También el arte, la belleza y la bondad son consustanciales con la naturaleza humana e indispensables para su bienestar. Como agudamente percibió el genial artista y científico Leonardo Da VINCI (1452-1518), figura cumbre del Renacimiento, “no existe diferencia esencial entre la ciencia y el arte. Una y otro son los medios para descubrir el Universo creado por Dios”. Suya es también la frase de que “la verdadera ciencia empieza con la observación; todas aquellas ciencias que no nacen de la experimentación, la madre de toda certeza, son creencias vanas llenas de errores”. Lo primero son los hechos, después las interpretaciones, y hay que ser muy precavidos con las especulaciones,

interpolaciones y extrapolaciones y, sobre todo, con las supersticiones, deformaciones y aberraciones.

Don Santiago Ramón y Cajal dejó escrito con su rotundo y penetrante estilo: "Ciertamente, del naufragio de mi honda crisis de fe, se habían salvado dos altos principios: la existencia del alma inmortal y la de un supremo hacedor del mundo y de la vida... Verdades tan trascendentales y decisivas como la existencia de Dios y la inmortalidad del alma debieran constituir, al modo de los axiomas matemáticos, indiscutibles postulados de la razón". En el mundo vivo, la preocupación ante lo que pueda haber detrás de la muerte parece ser un sentimiento exclusivo de los hombres, y así lo hizo constar también Cajal: "Terrible enseñanza de la muerte, la más profunda y angustiosa de todas las realidades de la vida. Este temor tan profundamente humano parecen ignorarlo los animales". Por su parte, Darwin (1809-1882), el padre de la evolución biológica, autor del libro sobre el *Origen de las especies*, del que se vendieron todos los ejemplares el mismo día de su publicación, reflexionó igualmente sobre la creencia del hombre en Dios: "The belief in God has often been advanced as not only the greatest, but the most complete distinction between man and the lower animals... And apparently follows from considerable advance in the reasoning powers of man, and from a still greater advance in his faculties of imagination, curiosity and wonder."

Alexis Carrel (1873-1944), que obtuvo el premio Nobel de Medicina por conseguir por primera vez el cultivo de células y tejidos fuera del organismo vivo un descubrimiento de enorme trascendencia y palpi-

tante actualidad, tanto biológica como ética y que alcanzó, si cabe, aún mayor notoriedad con la publicación de *La incógnita del hombre*, creía que había efectivamente que volver la atención al hombre: "Sacrificando el espíritu a la materia, la civilización moderna ha perpetrado un enorme error. ¡Cuán completamente ha sido eliminado de la vida moderna el sentido religioso, más excepcional incluso que el sentido moral! No obstante, el sentido religioso continúa siendo hoy una actividad indispensable para la conciencia de un número de individuos y vuelve a manifestarse entre la gente de elevada cultura... La atención de la humanidad debe volverse, de las máquinas y la materia inanimada, al cuerpo y al alma del hombre. Realmente el hombre está por encima de todas las cosas."

Einstein, uno de los cerebros más privilegiados que ha producido la humanidad, opinaba que "la ciencia sin religión es coja, y que la religión sin ciencia es ciega". Para el padre de la teoría de la relatividad y descubridor de la equivalencia entre masa y energía, "el saber que existe verdaderamente lo que no puede ser investigado y que ello se nos revela como la verdad suprema y la belleza más resplandeciente, de las que sólo podemos tener un ligero presentimiento... Ese saber y ese presentimiento son el núcleo de toda verdadera religiosidad". Después del horripilante desmoronamiento de las torres gemelas, sus palabras sobre el peligro ¡ciertamente temible! de la ciencia sin conciencia adquieren un valor profético inimaginable antes de este apocalíptico suceso: "Cada vez más valoro la caridad y el amor al prójimo por encima de ninguna otra cosa. Todo nuestro loable progreso tecnológico -nuestra propia civilización- es como un hacha."

Los hermanos Machado, cada uno conforme a su estilo y peculiar idiosincrasia, nos dieron con exquisita sensibilidad y finura respuestas sinceras y confiadas sobre su visión de la vida y de la muerte. Manuel, más intuitivo y espontáneo, meditó en DE PROFUNDIS:

Que es la vida el camino de la Muerte,
y la muerte el camino de la Vida.

Antonio, más reflexivo y buscador, evocó en IRIS DE LA NOCHE una preciosa oración:

Y Tú, Señor, por quien todos
vemos y que ves las almas,
dinos si todos un día
hemos de verte la cara.

Este romance era para Juan Ramón Jiménez “uno de los más hondos de Antonio Machado y uno de los más bellos que he leído en mi vida”, según dejó constancia en *Españoles de tres mundos* -el libro que supuso la culminación de su prosa- en el artículo dedicado a ANTONIO MACHADO después de la muerte de éste. En el mismo ensayo también dice: “Toda nuestra vida suele consistir en temer a la muerte y alejarla de nosotros, o mejor, alejarnos nosotros de ella. Antonio Machado la comprendía en sí, se cedía a ella en gran parte.”

Juan Ramón, que también dedicó sentidos artículos a MIGUEL DE UNAMUNO (1864-1936) “que espejea que viene por la ardiente meseta amarilla, a cuerpo rojo, plata y negro, esbelto como un pino, sonriente sin reír..., luchando...contra el ciclón, el relámpago y el

trueno del mediodía, como David con los Filisteos...” y a FEDERICO GARCÍA LORCA (1898-1936) “el cárdeno poeta granadí,... de cinco razas: cobre, aceituno, blanco, amarillo, negro, como los anillos de cinco metales para el rayo”, los reunió a los tres: “En la eternidad de esta mala guerra de España, que tuvo comunicada a España de modo grande y terrible con la otra eternidad, Antonio Machado, con Miguel de Unamuno y Federico García Lorca, tan vivos de la muerte los tres, cada uno a su manera, se han ido, de diversa manera lamentable y hermosa también, a mirarle a Dios la cara”. Muerto ahora ya también “el andaluz universal”, ¿iluminará igualmente la luz eterna su rostro, en el que ardían ojos centelleantes que buscaban con anhelo la huella de su Dios deseado y deseante?

La colección de conferencias de Juan Ramón Jiménez iniciada con la que llevaba por título *Política poética* incluye una fechada en Río Piedras, 1954, titulada QUEMARNOS DEL TODO, donde trata del progreso, de la felicidad y del ideal de la vida: “Ser el hombre mejor, el total *aristo*, es el fin de cada hombre... No olvidemos que Jesús de Nazaret (que éste fue su nombre y no Cristo) en la tragedia precipitada de su vida, sumo aristócrata como era, perdonó a la Magdalena, hoy santa porque había amado mucho, y a Dimas porque había amado pronto; y esa María de Magdala y ese Dimas que mereció las palabras más bellas de Jesús: ‘Esta tarde estarás conmigo en el Paraíso’, sí que se salvaron por haberse quemado jenerosamente en hogueras distintas”. Y añade Juan Ramón: “Principio y fin es nuestra vida... y puesto que nada concreto recordamos de antes del principio, hay que considerarla siempre y sólo como fin, aunque no lo sea...”

En el soneto que recogió en la conferencia EL MODERNISMO POÉTICO EN ESPAÑA Y EN HISPANOAMÉRICA, de la misma colección, Juan Ramón se había ya rebelado contra la idea de convertirse en polvo y sólo en polvo, pasto de gusanos, y quiere conseguir la verdad, aferrarse a ella e ir libre por el mundo de la mano de Dios, sin importarle luchar eternamente:

Tú, Señor, que de tierra me has formado,
¿por qué me has de volver de nuevo tierra?
¿por qué me has de matar? Yo amo la guerra,
no quiero ser creado y desechado.

Mi pensamiento busca el ignorado
palacio donde la verdad se encierra,
y a conseguir esa verdad se aferra
y lucha y se revuelve encadenado.

Yo creo en ti; mas abre mis prisiones,
deja que libre vaya por el mundo,
deja que sola vuele al fin mi frente...

¿Han de servir tan blancas ilusiones
para comida de un gusano inmundo?
¡No me importa luchar eternamente!

Juan Ramón Jiménez, poeta delicadísimo de salud de alma y de cuerpo y de extrema sensibilidad, a flor de piel y en el tuétano de sus huesos, fue un carácter muy inestable, exaltado y sufrido, muy perfeccionista y exigente consigo mismo y con los demás. Así se deduce de los juicios críticos de sus mejores amigos y biógrafos (Alvar, Bousoño, Cansinos, Díaz-Plaja, Domínguez Sío, Garfias, Guerrero, Gullón, H. Pinzón,

Marías, Pérez Romero, Predmore, Ríos, Sánchez Barbudo, Sánchez Romeralo, Vázquez Medel...). Especial impacto produce la lectura de la meditada y punzante carta -motivada por haber sido su nombre pospuesto al de Miguel de Unamuno- que le escribió Jorge Guillén (1893-1984), bajo el título DEVORADOR DE EXAMIGOS, BARBA AZUL DE MOGUER, así como la del excelente prólogo a la ANTOLOGÍA de algunos de sus poemas y de *Platero y yo* que hizo Rafael Alberti en 1969, durante su estancia en Roma.

En su precioso y breve prefacio, el autor de *Mari-nero en tierra* y de *La arboleda perdida* recuerda a Juan Ramón que ambos habían sido escolares del colegio de los jesuitas del Puerto y que desde entonces guardaba, como destellador relámpago, en el recuerdo de sus ojos nostalgias gaditanas lejos de la cegadora bahía. Alberti subraya que él tenía poco más de 22 años cuando se encontraron aquella tarde de primavera en la azotea del piso de Juan Ramón en Madrid, pero que ya desde entonces quedó abierta una amistad clara y constante entre ellos, a pesar de los grandes altibajos y del carácter exigente, cuando no arbitrario, del poeta moguereno, del que dice que nunca volverá a existir otro poeta más escuchado y más querido que lo fue él en aquellos años veinte. Se despidieron una mañana de verano de 1936 -ya era la guerra- y así pasaron veintidós años hasta que el mundo conoció que el Nobel, que se había ido voluntariamente a Norteamérica, había muerto allá en una isla del Caribe. Hacia 1913, pensando ya en su viaje definitivo, había cantado así en su Moguer natal frente a la mar atlántica:

Y yo me iré. Y estaré solo, sin hogar, sin árbol
verde, sin pozo blanco,
sin cielo azul y plácido...
Y se quedarán los pájaros cantando.

Y termina Alberti su entrañable y bellissimo prólogo: "Tu palabra siguió siendo desnuda y trasparente, y tú, Juan Ramón, poeta andaluz, que diste a lo andaluz un sol universal, como Picasso, en un arder constante, alcanzaste tu deseado y deseante dios, un dios sólo posible por el camino, cavado hacia lo alto, de la poesía."

Antonio Machado también quiso bien y admiró mucho a Juan Ramón Jiménez, aunque su amistad sufriera paréntesis de recelos, rifirrafes y alejamiento por parte de éste. Se conocieron en Madrid hacia 1902, cuando Antonio venía de París y Juan Ramón de Moguer y Burdeos. Hablándose todavía de usted, Antonio escribió a Juan Ramón: "Una tan fina sensibilidad como la de usted no existe, creo yo, entre poetas castellanos; tal dulzura de ritmo y delicadeza para las armonías apagadas tampoco... Usted continúa a Bécquer, el primer renovador del ritmo interno de la poesía española, y le supera en suavidad". A partir de 1912 comienzan a tutearse y, con motivo de la aparición de *Platero y yo* en su edición abreviada (1914), Antonio le escribe a Juan Ramón: "Acabo de recibir tu bellissimo libro *Platero y yo*, tan hondamente poético, de una poesía franciscana". En sus últimos días, Antonio le llamará "nuestro gran lírico" y "claro hombre español", y Juan Ramón escribirá hermosas páginas de evocación y crítica en homenaje al amigo muerto. Produce, sin embargo, desasosiego y amargura la crítica que hizo Luis

Cernuda de Juan Ramón Jiménez al acusarlo con excesivo rigor de un subjetivismo anormal diciendo de él que “conocer por sensaciones le bastó siempre” y que nunca buscó lo “objetivo”, pues carecía de “curiosidad intelectual.”

Fernando Villalón era de la misma edad de Juan Ramón Jiménez y, según este último, ambos poetas de la Baja Andalucía estuvieron juntos cinco años (1889-1894) en el colegio de San Luis Gonzaga de los jesuitas del Puerto de Santa María. De él escribió Juan Ramón en SONRISAS DE FERNANDO VILLALÓN unas anécdotas, reflejos de toda una época, para el homenaje que un grupo de escritores pensaba dedicarle en el primer aniversario de su muerte y que terminó con una nota final PRINCIPIO Y FIN: “De niño tenía algo de perdiz, perdiz que poco a poco, me figuro, se fue metamorfoseando en jaca, en toro... Después de salir del colejo, lo vi con frecuencia en Sevilla, 1895-1900. Luego se me pasaron unos veintisiete años sin verle ni saber de él. En 1927, un mediodía de sol y nieve, lo recuerdo bien, recibí la extraordinaria sorpresa de su libro *Andalucía la Baja*, con una fabulosa dedicatoria y una carta extravagante. Volví a verlo aquí en Madrid, en 1928. En 1929, me dedicó sus *Romances del 800*... En enero de 1930, vino una tarde a verme, preocupadísimo él, y yo... de él. Y yo andaba deprisa, y él se fue lento, triste. Su última visita... El 11 de marzo de 1930, yo en su Sevilla, calle O'Donnell, orgánico, sol dulce, tacones, palomos, flecos, y él en nuestro ajeno Madrid, hotel y sanatorio, el diligente Juan Guerrero me telefoneó de su gravedad. Llamé a la clínica donde lo habían operado el día antes. Y ¡pobre, buen Fernando Villalón, noble desde el colejo! Una voz

desconocida me dijo: '¿Es usted de la familia?' 'No, un amigo', contesté. Pues..., pues..., lo siento..., pero ahora mismo se lo están llevando."

Juan Ramón había comentado a los organizadores del homenaje que "a mi modo de ver, el mejor homenaje sería trasladar el cuerpo de Fernando Villalón a la tierra de Morón o a Sevilla, ya que él tenía tanto horror a estar sepultado en Madrid, y en nicho, como fatalmente estaba". Así de triste terminó la alegría de cante jondo y jaleo de este andaluz aristócrata que, se dice, soñaba con criar toros de ojos verdes y a quien los carmonenses mantenemos vivo y alegre en el recuerdo recitando sus camperos y románticos versos:

Diligencia de Carmona,
la que por la vega pasas
caminito de Sevilla
con siete mulas castañas,...

Con gran sentimiento y conocimiento, Juan Ramón Jiménez reunió en la eternidad a tres de sus grandes amigos: Antonio Machado, Miguel de Unamuno y Federico García Lorca, y dijo que los tres se habían ido, cada uno a su manera, a mirarle a Dios la cara. Él también se ha ido ya, y todos nos iremos más o menos pronto, pues la vida individual es muy corta y en este mundo no se queda nadie. ¿Consistirá realmente la eternidad en verle la cara a Dios, en contemplar el esplendor de su rostro? Los evangelistas Mateo, Marcos y Lucas nos han revelado en sus Evangelios respectivos, casi con las mismas palabras, que tres de los apóstoles más queridos de Jesucristo, Pedro, Santiago y Juan, contemplaron la transfiguración de su Maestro cuando éste

los llevó consigo aparte a un monte alto, seguramente el Monte Tabor: "Su rostro resplandeció como el sol, y sus vestiduras se volvieron blancas como la luz". Pero ¿qué clase de luz es la luz gloriosa que vieron los apóstoles escogidos por Jesús?

Es evidente que nuestro cuerpo es materia y que, como tal materia, tras la muerte nos convertimos en polvo y ceniza. La materia viva cicla y recicla y pasa continuamente de unos seres vivos a otros y del mundo orgánico al inorgánico, y viceversa. Pero si el alma es en su esencia distinta de la materia y eterna ¿en qué se transforma tras la muerte? ¿Nos convertiremos al morir en luz resplandeciente, como presintió Fray Luis de León (1527-1591) y dejó escrito en su hermosísima oda a Felipe Ruiz, tan confiada y llena de esperanza?

¿Cuándo será que pueda
libre de esta prisión volar al cielo
y contemplar la verdad pura sin velo?

Allí a mi vida junto,
en luz resplandeciente convertido,
veré distinto y junto
lo que es y lo que ha sido,
y su principio propio y escondido.

Entonces veré cómo
la soberana mano echó el cimiento
tan a nivel y plomo.

¡Que las Ciencias, las Artes y las Letras nos cultiven
y humanicen, y la Verdad, el Bien y el Amor nos ele-
ven y santifiquen!

Se terminó de imprimir la edición de *BENDITA SEA LA LUZ*,
de la que es autor el Excmo. Sr. D. Manuel Losada
Villasante con motivo de su investidura como
doctor *Honoris Causa* por la
Universidad de Huelva, siendo
el 14 de Mayo de 2002,
festividad de San Matías





Universidad
de Huelva